



J. E. RODÓ

BIBLIOTECA
LATINO-AMERICANA

DIRIGIDA POR
HUGO D. BARBAGELATA

EPISTOLARIO

Con dos notas preliminares de
HUGO D. BARBAGELATA



Venta Exclusiva :

AGENCIA GENERAL DE LIBRERÍA

PARIS, 7, rue de Lille -- --
BUENOS-AIRES, Rivadavia 1571

EPISTOLARIO

Con dos notas preliminares de

HUGO D. BARBAGELATA

BANCO DE LA REPUBLICA
BIBLIOTECA LUIS - ANGEL ARANGO
CATALOGACION

A Manuel BARTHOLD
*quien inmortalizó en la tela
la figura del Maestro.*

ADVERTENCIA PRELIMINAR

No incurriremos en el error de escribir una biografía más de Rodó.

Nos concretaremos, pues, a dar la traducción de una nota a la que el propio autor de « Ariel » se refiere en varias de sus cartas y que debió ser entregada a la *Maison de la Presse*, en donde se proporcionaban datos a los periódicos parisienses sobre los personajes que en plena guerra europea venían a Francia.

Creemos inútil añadir que las cartas que van a leerse son todas auténticas y que sólo en las del señor Piquet han sido suprimidas, por su dueño, algunas alusiones políticas y frases que le conciernen directamente. No hemos creído hacer lo mismo con aquellas cuyos originales conservamos y en las que se emite más de una opinión política que, quizá, algunos hallarán fuera de lugar. En todo caso, advertimos que nuestra justificada indiscreción no tiene ningún origen mezquino, sino el muy sagrado de ser fieles en todo a la memoria del querido maestro y amigo.

El *EPISTOLARIO* que hoy damos a luz es relativamente completo, no porque en él se recojan todas las cartas que mandó Rodó a sus colegas sino porque ellas, inéditas en gran parte, lo presentan bajo distintos aspectos, a cual más valioso y atrayente. No ha llegado aún la hora de reproducir las afectuosas carillas familiares que el hijo amantísimo remitió, con regularidad, desde Italia, a su anciana madre. A éstas, el tiempo les dará el interés que ya tienen las del remillete con el que hoy obsequiamos a los lectores de nuestra Biblioteca.

Hugo D. BARBAGELATA.

Paris, 1921.

Un Huésped eminente

José Enrique Rodó nació en Montevideo (República del Uruguay) en 1872.

En edad temprana, se mostró erudito y buen apreciador de la literatura española y de la francesa.

Sin embargo, él empezó a hacerse conocer en América Latina sólo a partir de 1895, a partir de la fundación de la « Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales », de la que fué uno de sus redactores.

La publicación de su primer libro, *Ariel* (1900) consagró su fama. Desde entonces, su renombre fué creciendo cada vez más y sus otras obras: *Liberalismo y Jacobinismo* (1906), *Motivos de Proteo* (1909) y *El Mirador de Próspero* (1913) lo proclamaron Maestro de uno a otro extremo del Nuevo Continente.

Escritor que sabe unir la profundidad del pensamiento a la elegancia de un estilo hoy sin par en su Continente, José Enrique Rodó cultiva una prosa que podría llamarse *renana* y que ha hecho escuela entre sus compatriotas.

La guerra europea lo sorprendió cuando preparaba vastos proyectos de viajes en la Europa que él conoce tan bien teóricamente. Y aunque con poca vocación por el periodismo, ha aceptado venir a visitarnos como corresponsal de guerra de una revista de Buenos Aires. Al obrar

así no hace más que continuar la propaganda aliadófila, que empezó valientemente en Montevideo en diarios y revistas, lo mismo que en conferencias a las que infundió brillo con su prestigio.

Ex profesor de Literatura de la Universidad de Montevideo, ex primer presidente de la Asociación de la Prensa de su país y ex diputado, el Sr. Rodó es miembro de varios centros intelectuales latinoamericanos y miembro correspondiente de la Real Academia Española de la Lengua.

En una palabra, como ya alguien lo ha dicho aquí, en la prensa, « José Enrique Rodó es uno de los más magníficos espíritus, no sólo de la América latina sino del mundo (1) ».

Maneja de muy personal manera la lengua española, a la que — cual lo hiciera en el verso el malogrado poeta Rubén Darío — ha dado una flexibilidad y una elegancia desconocidas y que la acercan a la prosa de nuestros más fuertes escritores.

H. D. B.

París, 1916.

(1) M. J. Forest, en el diario « Le Matin ».

**Carta al Director de la revista
« LA CARCAJADA »**

Sr. Pedro W. Bermúdez Acevedo.

Amigo de mi aprecio: Empezaré por confesar a Vd. que de todas las cartas que recuerdo haber recibido en mi vida, la que Vd. ha tenido la amabilidad de dirigirme, es acaso la que me ha puesto en mayor perplejidad. Expone Vd. en ella su deseo de que a la caricatura que se propone dar de mí en su jovial e interesante CARCAJADA, acompañe algo escrito por mí mismo y que se parezca lo más posible a una *autobiografía*. Mi perplejidad empezó al llegar en su carta a esta palabra, que leí varias veces, restregándome otras tantas los ojos por si había leído mal. — ¿Cómo haría yo para satisfacer su pedido sin limitarme a enviar a Vd. mi partida de nacimiento ni recurrir al expediente de inventarme una novela de eventuras, y cómo contestar, por otra parte, a su amabilidad, con el desaire de una absoluta negativa?

Si yo quisiera aprovechar la oportunidad para hacer una frase, y para declararme, al mismo tiempo, libre de responsabilidad en el hecho de no encontrar en mi vida nada que merezca ser objeto de una revelación más o menos interesante u oportuna, adoptaría la solución de parodiar en esta carta un dicho famoso. — El poeta de las *Orientales* decía una vez a sus críticos: « No me habléis de lo que hubiera podido hacer, sino de lo que he hecho. » Volviendo la frase del revés y acomodándola a las exigencias de situación, yo, con igual énfasis, le diría. « No me pregunte Vd. por lo que he hecho, sino

por lo que hubiera podido hacer. » — Todos los Bouvard y todos los Pecuchet del mundo se reservan el derecho de pensar que ellos hubieran podido ser unos grandes hombres, si hubieran nacido en tiempos menos difíciles y prosaicos que los que les han tocado en suerte. Cada pacífico burgués es libre de declararse atormentado por la *nostalgia de Grecia*, ni más ni menos que Enrique Heine o Alfredo de Musset, con la segura convicción de que, si hubiera vivido en tiempos de Pericles, hubiera sido un Sófocles o un Fidias.

Dado, pues, que en punto a los acontecimientos narrables e interesantes de mi vida, sólo podría satisfacer decorosamente su curiosidad con esa disculpa vanidosa de no tenerlos, todavía me quedaría el camino de referirme en mis informaciones, no a la vida de los hechos, a la vida exterior, sino a la vida íntima, y darle fiel y exacta cuenta de mis cualidades, de mis defectos, de mis cavilaciones, de mis pareceres y mis gustos.

Pero ¿qué quiere Vd? este género de subjetivismo, que me parece tolerable, y aun delicioso, en labios de los poetas, antójasele ridículo o pedantesco cuando se le da por envoltura el tejido ordinario de la prosa.

No me propongo negar que las confesiones, las memorias, los *diarios*, — todos esos géneros de literatura íntima que tan mal le parecen a Mr. Brunetière, el antipático y discretísimo censor literario de la *Revista de ambos mundos* — sean, según alguien ha dicho, *delicado manjar, muy gustado por los sibaritas del entendimiento*. Pero si los tengo por tal, es solo a con-

dición de que procedan de quienes lleven dentro, o hayan realizado en su vida, algo que merezca la pena de ser sabido de los otros, y a condición también de ser absolutamente sinceros, ferozmente sinceros, con aquel grado de sinceridad que acaso no es legítimo ni razonable pedir sino al que escribe memorias, que no han de darse a la publicidad mientras el autor pertenezca al mundo de los vivos.

No me parece odioso el *yo* como a Pascal: lo que me parece odioso es el *falso yo* de las confesiones amañadas pensando en el efecto y adoptando la *pose* más conducente al visible fin de interesar como los Credos de ópera, hechos para ser cantados ante el público de los teatros.

Creo, pues, en el interés de las confidencias literarias, cuando ellas son ingenuas y cuando nos guían por los vericuetos de un espíritu escogido; no me parece que se pierda el tiempo refistoleando y sutilizando, con la porfía de un Amiel, en los propios *pensares de pensares*, cuando esto se hace con sagacidad y con gracia; pero me causa horror pensar en lo que podría llegar a ser este género de literatura personal el día en que se la declarara *puerto franco* y fuera fácilmente accesible para las tentaciones de la tontería.

¿Cuál es, pues, el medio que me queda por ensayar para complacerle?

Aun podríamos salir del paso, planteando Vd. y contestando yo uno de esos cuestionarios inocentes, en los que la indiscreción se limita a averiguar del interpelado cuál es su color favorito, cuál es la flor y el manjar que más

le gustan, en qué país desearía habitar, qué autor es el de su predilección, etc., etc. Pero como de todas las maneras que pueden indearse para hablar de sí mismo, ésta me parece la más tonta, renuncio a aprovecharla como la solución de mis dudas y la reservo para cuando haya de llenar una página de álbum.

En suma: que por esta vez se queda Vd. sin autobiografía, ni confesión, ni prosa *confidencial* o *subjetiva*, ni cosa que lo valga, ya que no hallo camino de cumplir de razonable manera los deseos de Vd.

Otra razón, justificativa de mi excusa, se me ocurre, para el caso de que me resolviera a pasar por alto las dificultades de alguno de esos medios de complacerle. Y es ella que, aun dando por cierto que yo no merezca figurar en la categoría de vulgo literario, ¿sería éste suficiente motivo para que alguien encontrara interés en lo que yo me arrojava a decir de mí?

Piense Vd. en que abundan las gentes para quienes nuestra afición a ocuparnos en asuntos de literatura significa sólo un pasatiempo, un entretenimiento inofensivo; una manera de llenar los ratos de ocio, comparable al billar, al ajedrez, al juego de damas, o a la resolución de charadas o logogrifos. Escribir bien es, pues, una habilidad que en concepto de muchas gentes doctas y serias, y aunque ellas no lo digan, no debe de exceder en mucho a la que cabe demostrar aplicándose a cualquiera de esos juegos. Y yo todavía no sé que, por voraces e insaciables que sean la curiosidad y el espíritu investigador de nuestra época, por increíbles que sean los extremos a que haya llevado esa

universal manía de la *información* que Pompeyo Gener clasifica entre las grandes neurosis contemporáneas, ellos hayan llegado nunca hasta pedir que sean sometidos a una *interview*, para obtener la revelación de sus cosas íntimas, un ajedrecista distinguido, un hábil aficionado a juegos de ingenio, o un buen jugador de carambolas.

¿No le parece a Vd., amigo mío, que con todo lo dicho se halla suficientemente justificada mi excusación y que debe Vd. perdonarla con su habitual y generosa benevolencia? En caso necesario puede Vd. hacer uso de esta carta, presentándola como una prosaica imitación del soneto de Violante, en la que se trata de los medios de escribir una autobiografía y se concluye por no adoptar ninguno.

Deseo a LA CARCAJADA la resonancia y la duración inextinguible del reír de los dioses; y me suscribo de Vd. afectísimo colega y amigo.
Montevideo, Enero de 1897.

José Enrique Rodó.

**Cartas al Señor
don Antonio Rubió y Lluch**

Montevideo, 5 de Marzo de 1898.

Sr. D. Ant^o Rubió y Lluch
Barcelona.

Muy estimado señor mío:

Con verdadero placer contesto a su afectuosa y muy benévola carta de fecha 7 de Febrero.

Es para mí un honor el generoso juicio que en ella formula sobre mi primer opúsculo literario, y puede Vd. creer que agradezco y aprecio en todo lo que vale tan bondadoso estímulo.

Con el vivo deseo de que este primer cambio de cartas sea el comienzo de una estrecha amistad intelectual entre nosotros, me es grato enviarle, por este mismo correo, varios artículos publicados en diversas fechas por mí, sobre temas literarios que pueden interesarle, haciendo votos para que ellos encuentren a Ud. tan predispuesto a la benevolencia como el folleto que le envié.

Hace algún tiempo que trabajo por estrechar los lazos de fraternidad moral e intelectual que deben unir a los pueblos de América con España, y en esa tarea debo estímulos muy valiosos a escritores de la significación de *Clarín*, Rafael Altamira y Salvador Rueda, a cuyos ilustres nombres agrego complacido el de Ud.

Téngame a su completa disposición en cuanto pueda serle útil, y muy especialmente para las informaciones o datos que necesite en lo relativo a letras americanas, y crea en la alta estima literaria y personal que le profesa su affmo. amigo.

Montevideo, 14 de Abril de 1899.

Con gran retardo, en parte disculpable por las atenciones que me han asediado en los últimos meses, contesto a su atenta esquila y le envío mis más atentos agradecimientos por el obsequio de su gallarda epístola, que he leído con el más vivo placer.

A pesar de mi origen catalán, sólo mediana-

mente poseo ese varonil idioma; pero supliendo tal deficiencia con una verdadera atención puesta en la lectura, he podido apreciar sus versos suficientemente para que la buena impresión que le manifiesto no sea una simple fórmula de cortesía.

Gustoso aprovecho la oportunidad para enviarle mi último folleto consagrado a estudiar la personalidad literaria de nuestro amigo Rubén Darío. Hago votos para que este nuevo trabajo encuentre a Ud. tan predispuesto a la benevolencia como el que ya tuve el gusto de remitirle.

Montevideo, Marzo 20 de 1900.

Al enviarle un ejemplar de mi « Ariel », recién salido a luz, no quiero desaprovechar la ocasión que se me ofrece de renovarle mis sentimientos de amistad y expresarle mis sinceros votos por su felicidad en el nuevo año.

El libro que le envió es, como Ud. verá, obra de acción y propaganda en favor de la intelectualidad y del arte, en favor de toda idealidad generosa, y en favor también, de la tradición latina y del porvenir de nuestra raza de América.

Tengo verdadero interés en que ese libro se lea, porque, si el desempeño no es enteramente malo, creo que él puede hacer algún bien y sugerir ideas y sentimientos fecundos. Mi más vehemente aspiración sería que la crítica española le comentase y reconociera la buena voluntad en que se inspira, aunque juzgase con justa severidad su envoltura literaria.

Montevideo, 23 de Febrero de 1902.

Su afectuosa tarjeta me produjo, junto a la satisfacción que siempre tengo en recibir noticias tuyas y ver reanudada nuestra correspondencia, una impresión de desagrado y enojo conmigo mismo, pues por lo que Ud. me dice vengo en conocimiento de que incurri en la omisión de no acusar recibo a la generosa, sentida y elocuente carta con que Ud. me favoreció a propósito de mi « Ariel », hace ya tiempo.

En verdad digo a Ud. que de cuantos juicios se han formulado, ya confidencialmente, ya en público, sobre mi obra, pocos me contentaron tanto como el suyo, lo cual es fácil que Ud. lo comprenda, teniendo, como sin duda tiene, la certeza de que siempre reservo para Ud. un puesto de predilección entre las personas cuya palabra respeto y anhelo oír tratándose de cosas mías.

El olvido está, pues, en no haber correspondido a esa carta, pero no ha alcanzado ni por un momento a la carta misma, cuyos conceptos viven en mi memoria y en mi gratitud.

Desidioso y algo desordenado en mi correspondencia, me pasa muchas veces creer que he contestado ya a cartas recibidas hace tiempo, siendo así que, si bien he acordado mentalmente lo que he de contestar, no he llegado a ponerlo por escrito y enviarlo. Y entre esas cartas no escritas se cuentan muchas de las que tendría mayor interés en enviar, dejándolas por eso mismo para cuando pueda dedicarles un rato de detenida atención, rato que suele no presentarse en muchos días.

Ya que tengo la pluma en la mano, no quiero cerrar esta carta sin manifestarle el pesar con que leo en la prensa las noticias telegráficas recibidas de España sobre la agitación, ya sangrienta, de los obreros de esa laboriosa y culta Barcelona. ; Quiera el cielo que todo termine pronto, sin dejar semilla de catástrofes cercanas, ni en lo social ni en lo político!

Con el afecto de siempre y deseando a Ud. mucha salud y disposición de ánimo propicio a las tareas intelectuales, para que nos dé en breve otro trabajo como su último y magistral discurso, se suscribe de Ud. affmo. amigo y S. S.

Carta al Señor Don Carlos Reyles

Sr. Don Carlos Reyles,
Montevideo.

Mi distinguido amigo:

Aunque la pequeñez de nuestro mundo literario hace que las impresiones y los juicios que manifestamos verbalmente se difundan con asombrosa facilidad, y aunque creo, por eso, que no necesitaba Ud. recibir estas líneas más para saber con cuánta sinceridad y cuánto aplauso le he acompañado en su reciente merecidísimo triunfo, yo quiero enviárselas, siquiera sea para llenar una fórmula de cumplimiento y para no dejar sepultadas en las márgenes del ejemplar de *La Raza de Caín* con que Ud. me ha favorecido, las rápidas anotaciones en que,

según acostumbro, apunté los comentarios íntimos de mi lectura.

Escribo para Ud., como si departiésemos en uno de nuestros coloquios literarios. El público tendría quizás derecho a que yo le hablase, con más detenimiento y mayor precisión crítica, de su obra; pero es el caso que a mí me urge menos cumplir con el público que con Ud.: de manera que, defiriendo hasta la ocasión más próxima el compromiso que acepto para con los lectores de *La Raza de Caín*, me apresuro a anticipar al autor un boceto de mi juicio, y sobre todo, mi abrazo cordial y amistoso de enhorabuena.

Lo primero que yo haría resaltar y señalaría a la admiración de sus lectores, si se tratase ahora de escribir ese juicio, sería la doble y excepcional calidad de obra *inspirada* y obra *perfecta* (perfección literaria: orden, regularidad, conveniencia formal), con que se nos impone la última novela de Ud. Para los que creen, vanamente, que hay una oposición y discordia casi irresolubles entre la energía de la inspiración creadora y el arreglo y primor de la ejecución artística; entre la fuerza interna de una obra y la justa proporción de sus apariencias, me imagino que la lectura de esta novela ha de ser una prueba abrumadora de lo falso de tal preocupación. El color y el dibujo lidian a una en tan admirable esfuerzo de arte. *La Raza de Caín*, que es obra de inspiración y de fuerza, es, a la vez, un hermoso modelo de corrección y de *factura*. De corrección en lo que la forma literaria tiene de más interno, de inmediato a la concepción original; en el plan, en el orden, en

la armonía de las partes; y de corrección, también, en lo más exterior y plástico de la forma: en el lenguaje, en el estilo, en la expresión.

Desde luego, hay en toda la obra una perfecta regularidad de estructura, sabe Ud. *componer*; tiene Ud. una admirable intuición del desenvolvimiento lógico de un argumento, de la *arquitectura* de la obra novelesca; y esta cualidad, que ya se dejaba percibir en su primera novela, tanto más notablemente cuanto que parece ser una condición de experiencia más que de instinto, se manifiesta ahora con magistral intensidad. Bien saba Ud. cuánto significa el reconocimiento de tan preciosa condición literaria. Sin ese claro sentido del orden y la proporción, no hay novelista verdadero. Habrá, a lo sumo, cuentistas, « costumbristas », autores de cuadros o *episodios* más o menos relacionados, por una agregación inorgánica y desproporcionada, dentro de una novela aparente; pero faltarán siempre al conjunto la entereza y la vida que sólo se dan cuando la obra es un verdadero organismo: cuando es un sér animado, sujeto, como todos, a la ley de las correlaciones orgánicas.

La acción de su novela sigue la progresión armoniosa, el movimiento fácil de la curva, que es la línea expresiva de la agilidad y de la gracia, porque, cambiando constantemente de dirección, cada dirección nueva está indicada por la que le precede. Y no sólo sería imposible señalar episodios inútiles en su obra, o rasgos deficientemente acentuados, o partes que pudieran suprimirse sin perjuicio de la naturalidad o el interés, sino que hay siempre en ella una

feliz y atinada correspondencia entre la fuerza y eficacia de la inspiración y la importancia relativa de los episodios; de manera que el más subido valor artístico en el desempeño corresponde constantemente a los pasajes más significativos e importantes de la acción.

Todo esto representa gran mérito, sin duda; pero mucho más que el acierto que Ud. ha demostrado al correlacionar los elementos de su novela, atenderla yo, en el juicio que escribiese, al valor propio de estos elementos, y muy particularmente, al de los caracteres, que es donde la crítica que quiera hacer a Ud. plena justicia ha de agotar el capítulo de las alabanzas. No hay facultad artística superior a la de la invención de caracteres. El novelista lo es en más o menos alto grado según la fuerza de su poder característico; y el raro dón de crear seres imaginarios que vivan y perduren, como si la realidad de los que engendra la naturaleza unieran la inmarcesible juventud y frescura de los dioses, es concedido sólo a los que pueden levantarse, como pájaros sobre corrales, por encima del vulgo novelador.

Ha creado Ud., por lo menos, dos almas que vivirán, que resistirán muchos aletazos del tiempo. La crítica, que las ha llevado ya a su laboratorio y las ha sometido a todas las pruebas del análisis, ha tenido que reconocer la presencia del indefinible *soplo* vivificador en esas dos criaturas de su fantasía. Extrañas y singulares criaturas, pero vivas y reales; y menos raras quizá, — aun limitando la observación a nuestro propio ambiente, — de lo que la mayoría de sus lectores ha de imaginarse; aparte de que la

índole misma de su obra las requería de otra arcilla que la arcilla común y otro modelo que el modelo corriente. Observa, con acierto Bourget, que para el interés y la fuerza de la novela psicológica, los caracteres medios, normales, — del punto de vista del relieve del carácter mismo, y de la moralidad, — que pueden suministrar tan abundante materia de observación como cualesquiera otros tratándose de la novela de costumbres, valen menos que cualquier tipo de excepción, ya se entienda lo excepcional en el sentido de la superioridad, ya en el de lo degenerado, mórbido o abyecto. La psicología novelesca se alimentará siempre, preferentemente, de lo raro y excepcional, en materia de caracteres humanos.

Guzmán y Cacio son almas de excepción; y además, es fácil descubrir en ellos, sobre su carácter individual, bien determinado y concreto, un significado ideal, de personificaciones o tipos; pero, por magia de su arte, que ha pasado de esta manera sobre la más ardua dificultad de los grandes caracteres dramáticos y novelescos, la *verdad real*, el fondo humano, de ambos caracteres, no aparecen en lo más mínimo empañados por la representación típica e ideal con que resaltan a los ojos de quien penetra en lo íntimo de su concepción. Ha esculpido Ud. estatuas representativas en carne palpitante. ¡grande hazaña de arte! Y al desenvolver ante nosotros la tela oscura y rara de esas almas fingidas; al descender a los abismos de este mundo infinito que se abre en la intimidad de cada conciencia, e iluminar sus honduras espantables, y descubrirnos la convulsa y desor-

denada rotación del pensamiento que ha sido arrebatado por monstruoso egoísmo a todo centro de atracción exterior, ¡qué fuerza y qué fineza de análisis; qué justo atrevimiento en los grandes rasgos y qué incisiva delicadeza al herir en ciertas reconditeces; cuánta verdad y cuánta eficacia en la expresión!

El siglo que concluye, siendo en cierta manera el de los grandes y heroicos esfuerzos de la voluntad, el de la triunfal expansión de las energías interiores, es a la vez, por singular antimonía, el que legará a la historia de los males humanos más abundante acopio de observación en cuanto a las enervaciones y enfermedades del carácter, que extinguen o decenaminan aquellas energías. La raza novelesca a que pertenecen sus dos raros y desventurados *protérvos* no es otra que la que, con más o menos profundas modificaciones, ha dado a la literatura de este siglo, — como expresión de uno de los grandes tipos reales que en él se reproducen, — toda una doliente multitud de enfermos de la voluntad, de egoístas desorbitados y rebeldes, almas sin equilibrio y sin luz, llevadas por la dilatación morbosa del propio yo y por la rebelión insensata contra las leyes de la vida, a todos los tormentos del fracaso y de la desesperación. Ese tipo fundamental tiene toda la talla mensurable por el ámbito del mismo siglo. Cien años de distancia separan al René de Chateaubriand del Des-Esseintes de Huysmans; la mirada vulgar no alcanzará a percibir las semejanzas en medio de las diferencias; pero restableciendo la sucesión de héroes imaginarios que se tiende entre ellos, al

través de la novela y el drama contemporáneos, sería fácil manifestar claramente su parentesco espiritual, y comprobar que una herencia, acrecentada siempre, de miseria y de culpa, los vincula como el primero al último eslabón de una viva cadena de condenados.

Con acentuada fisonomía individual, con personalidad bien característica y propia, — porque sus criaturas espirituales son verdaderamente suyas, y Ud. las ha forjado con jugos de su alma y alientos de su fantasía, — Cacio y Guzmán pertenecen a esa misma multitud inmensa y llorosa, que marcha al porvenir, escudada por la inmortalidad del arte que la ha consagrado, para llevar a la posteridad que nos juzgará la confesión sincera de nuestras flaquezas y las sombras de esta extraña alma de nuestro tiempo, tan contradictoria en su complejidad, tan irreducible, para nosotros, a toda clasificación y todo juicio.

Contribuyen eficazmente, en su obra, a la intensidad del efecto, la justeza y solidez de la expresión. La forma en que está escrita, — austera y *mate* quizá, pero de una adaptación y una conveniencia perfectas respecto a lo que por sujeción a los términos consagrados, llamaremos el *fondo*, — tiene la fuerza del músculo y el calor de la sangre. Su *escritura* — como hoy suele decirse, — revela que tiene Ud. siempre presente la relación de dependencia del estilo respecto de la idea, y que la forma literaria se rige para Ud., como en el concepto spenceriano, por un principio de economía dinámica. Y sin embargo, en ciertos momentos intensos de la acción, en los fuertes rasgos característicos

de un personaje, en los toques vivaces de la descripción o el sentimiento, su *manera* llega a adquirir a veces, independientemente de aquel valor de relación, notas y vibraciones de las que dan a la palabra y a la frase un valor propio e intrínseco, un valor comparable con el que tienen, antes de ser colocadas en sus joyas, las piedras raras que centellean, dispersas, sobre la mesa del artífice que ha de engazarlas en el oro o la plata.

La trascendencia ideal, el pensamiento íntimo de su obra, merecerían ser estudiados tanto más prolijamente cuanto que Ud. nos la presenta, sino con un propósito declarado y prosaico de enseñanza, con el de ejemplo capaz de sugerir ideas saludables. Yo encuentro justificado ese propósito. Aquellos que quieren sostener que hay en el libro una tesis pesimista, una idea de predestinación fatal, que tiende a poner de relieve lo inimitable de la humillación y el sufrimiento de la *raza* maldita, nacida para ofrecer, con sus serviles espaldas, vivo escabel a los llamados al triunfo de la gloria, no carecerán de razones atendibles para justificar esa interpretación, ya que es característico de casi toda tesis trascendental velada en forma de arte la posibilidad de atraerla en más de un sentido y resolverla a favor de más de una idea. Pero aquel mismo valor de saludable ejemplo que Ud. supone en *La Raza de Cain* es ya una prueba de que, por lo menos, la interpretación personal, la conciencia artística del autor, van por otros caminos; y el examen atento de la relación de los caracteres con el término de la acción conduce, en mi sentir, a un resultado

ideal menos desconsolador y más verdadero.

Atendiendo preferentemente al carácter de Guzmán, es como aparece ese resultado, claro y distinto. Ha querido y ha conseguido Ud. enseñar que el cultivo egoísta del propio yo, no dominado por la conciencia de nuestra subordinación a las leyes de la vida y de nuestra solidaridad con la obra de todos; la perversión de la voluntad, enervada por la ausencia de un objetivo real, viril y fecundo, y por la disconformidad cobarde con la naturaleza y el deber; el engrandecimiento ficticio y vanidoso de la personalidad propia a costa de nuestra ineludible condición de seres sociales, son los seguros antecedentes de la derrota sin honor, en los combates del mundo. Ha querido y ha conseguido Ud. enseñar que cada destino individual tiene su única posibilidad de paz y de dicha en la adecuada relación de los intentos y las aspiraciones con la fuerza real del propio ánimo, y en la transacción generosa de nuestra voluntad con lo inevitable y lo fatal. Nos ha mostrado Ud. como la estéril soberbia de los egoísmos rebeldes es un motivo de disolución que concluye por destruir y anular la misma voluntad que se consideraba engrandecida y fortificada por la virtud del aislamiento.

Así interpreto yo el sentido de su obra, y por eso creo que no va Ud. descaminado cuando considera que nuestra impresión será sana y benéfica, aunque amarga. Quizás hubiera sido bien, para que ese sentido apareciese, a los ojos de todos, claro y patente, que hubiera Ud. opuesto al cuadro de enervación y de egoísmo que ha querido dejar severamente en pie, como

una dura lección, un cuadro, un episodio, un personaje, una escena accidental siquiera, que significaran, por contraste, la apoteosis de la vida, del esfuerzo viril, de la actividad valiente, generosa y fecunda. El grupo de los Crocker, con su perfecta, y a las veces antipática, mediocridad, no es suficiente para producir ese efecto de contraste, aunque tiene su significación necesaria y oportuna dentro del conjunto de la acción. Pero, aun sin eso, yo creo que quien quiera interpretar rectamente la filosofía de su obra, tendrá que hacerlo en un sentido poco diferente del que yo le atribuyo; con lo cual la oportunidad de su dedicatoria quedará plenamente justificada, y el valor de enseñanza de su libro resultará tan claro a los ojos del pensador como su valor de ficción a los del artista.

Pongo punto a esta carta, ya larga para lo que es, y que Ud. sabrá tomar en su exclusivo carácter de esbozo de un estudio futuro, y le estrecho afectuosamente la mano.

José Enrique Rodó.

Montevideo, 1900.

**Carta al Señor
Don Francisco García Calderón**

Montevideo, 2 de Agosto de 1904.
Señor F. García Calderón Rey.

Mi estimado amigo:

Algo sabrá Vd. de la guerra civil que nos

preocupa y aflige, y ésto habrá anticipado para Ud. mis excusas por mi tardanza en contestarle.

Yo entré a la vida política pensando como Ud., en cuanto a la necesidad o conveniencia de que los hombres de pensamiento, o de aficiones intelectuales, entraran a romper lanzas en la arena política, tal como es en estas tierras de América, confiando en que su participación contribuiría a sanear y perfeccionar las costumbres, a templar odios y a echar los fundamentos de una vida mejor. Pero me voy desengañando de que ése sea el camino porque debamos principalmente propender a influir en la vida real de nuestras sociedades. Quizá debamos remontar la mirada, y preparar el terreno de una política más culta, y sana, y mejor, por medios que no sean los de la participación militante en las luchas políticas actuales, dadas las condiciones en que están ellas planteadas.

Es claro que nada de esto significa que yo renuncie al ideal de cultura armónica y de vida *integral* que en « Ariel » propuse a mi manera, y que sigo creyendo fundamental y necesario. Seamos ciudadanos siempre, y demos alguna vuelta por el Ágora; pero no empleemos preferentemente en la política la fuerza y la atención de nuestro espíritu, que pueden ser mucho más eficaces para bien de nuestros pueblos si las consagramos a *civilizar* y *educar* desde el libro, la cátedra, la prensa, el taller artístico o industrial, etc. En cuanto a mí, ya he hecho propósito de volver a mi retiro, no bien termine mi período parlamentario, y creo que haré cosa de más fuste difundiendo ideas por medio del libro

y del periódico; aunque estos votos de abstención política — lo sé — suelen quebrantarse cuando uno menos piensa. De mi actuación parlamentaria me quedará la satisfacción de haber propendido siempre al bien de mi país. Ella me ha proporcionado, además, la ventaja de ejercitarme en la oratoria, que es género que nunca me había halagado, y dicen que no lo he hecho del todo mal.

Pero mi Durandaina será la pluma. Con ella lidiaré siempre. En los puntos de la pluma está mi verdadero « yo » intelectual. ; Y cuánto hay que hacer en nuestra América por medio de la pluma, así en materia literaria como en la propaganda de ideas morales y sociales!

Yo tengo fe en la juventud que *llega*. Y como en nuestras evoluciones y rumbos literarios seguimos dócilmente la pauta que nos impone Europa, — singularmente la civilizadora y prestigiosísima Francia — tengo motivo para creer que pronto un movimiento literario serio y bien orientado, rico en ideas, há de producirse en nuestra América, como vengo deseándolo desde hace tiempo y predicándolo a mi modo; porque en Francia, muerto y enterrado el decadentismo (que deja de su paso algunas cosas buenas, y mucho cintajo ridículo y polvo y broza que se lleva el viento) las tendencias que alborean parecen ir en el sentido de la fuerza, de la vida, de la labor fecunda y viril del pensamiento. Este ejemplo, más que toda prédica, es lo que en nuestros pueblos será oportuno y eficaz.

Por eso yo veo con singular placer los comienzos literarios de Ud., que tanto promete

en ese sentido; y así se lo manifesté ha poco a Miguel de Unamuno, en carta donde le hablaba de Ud. Unamuno, en su respuesta, me dice que espera su libro para hablar de él.

Yo, quizá antes de fin de año, podré dar mi *Proteo*, que haré imprimir en Europa. Mi modo de producir, sobre que Ud. me pregunta, es caprichoso y desordenado en los comienzos de la obra. Empiezo por escribir fragmentos dispersos de ella, en el orden en que se me ocurren, saltando quizá de lo que será el fin a lo que será el principio, y de esto a lo que irá en el medio; y luego todo lo relaciono y disciplino. Entonces el orden y el método recobran sus fueros, y someto la variedad a la unidad. Al principio no veo claro el plan y desenvolvimiento de la obra. Encaro la idea de ella por la faz que primero se me presenta, y mientras voy escribiendo, el plan se va haciendo en mí. Son así simultáneas la concepción del plan y la ejecución. Para la forma soy descontentadizo y obstinado. Percibo muy intensamente el *ritmo* de la prosa, y procuro obtenerlo. *Escribo mentalmente* casi sin cesar, aun en la calle, aun en la mesa. Mis borradores suelen ser un montón de girones de papel, de toda forma, especie y tamaño. No tengo, para excitar la fantasía, un gato a quien pasar la mano, como se cuenta de autor célebre; pero aseguro a Ud. que casi no puedo escribir de seguida sin tener a mi alcance un diario, periódico, o libro, que de vez en cuando tomo para palparlo, para *estrujarlo* (y así he echado a perder muchos inocentes volúmenes) y hasta para aspirar su aroma, si es impreso nuevo, el incomparable aroma del papel y la tinta.

Pero basta de estas puerilidades.

De su país recibí hace pocos días unos cuentos de Clemente Palma, verdaderamente preciosos.

¿Se produce, se escribe mucho?

Espero noticias de Ud. y me complazco en repetirme su affmo. amigo.

José Enrique Rodó.

Cartas al Señor Don Juan Francisco Piquet

Sr. D. Juan F. Piquet,
Barcelona (?)

Montevideo, 31 de Enero 1904.

...Leo poco. El tiempo de que puedo disponer lo consagro a seguir esculpiendo mi « Proteo ». Tengo fe en esta que será mi obra de más aliento, hasta hoy. La parte literaria está representada principalmente por cuentos aplicables a tal o cual pasaje teórico, sin que esto sea decir que no haya también literatura en lo demás de la obra. Hay un cuento simbólico en el que se describe el desfile de todas las tierras del mundo delante del emperador Trajano; otro, que es un discurso de un filósofo antiguo en las horas que preceden a su muerte; otro, que consiste en un diálogo entre un pensador y un esclavo de Atenas; otro, que describe el viaje que hicieron seis neófitos cristianos para reunirse a su maestro; otro, cuya acción pasa en

la Italia del Renacimiento y que pinta la locura de amor de un artista; otro, que se desarrolla en la España del siglo XVII y en que figura un cómico ambulante y se describe un palacio de aquella época; otro, que relata la curiosa manera como un escritor llegó a concebir la idea de una obra, viendo abanicarse a dos mujeres; otro, que narra la experiencia hecha por un mago de Persia en el alma de una doncella romana; otro, en que se refiere el sueño de un paladín de la Edad Media que se imagina sufrir diversas transformaciones, y así por este tenor algunos más.

Montevideo, 6 Marzo 1904.

...Cuando el tiempo y el humor no me faltan, sigo batiendo el yunque de « Proteo », libro vario y múltiple como su propio nombre; libro que, bajo ciertos aspectos, recuerda o más bien recordará, las obras de los « ensayistas » ingleses, por la mezcla de moral práctica y filosofía de la vida con el ameno divagar, las expansiones de la imaginación y las galas del estilo; pero todo ello animado y entendido por un soplo « meridional », ático, o italiano del Renacimiento; y todo unificado, además, por un pensamiento fundamental que dará unidad orgánica a la obra, la cual, tal como yo la concibo y procuro ejecutarla, será de un plan y de una índole enteramente nuevos en la literatura de habla castellana, pues participará de la naturaleza de varios géneros literarios distintos, v. g. la didáctica, los cuentos, la descripción, la exposición moral, y psicológica, el lirismo, — sin ser precisamente nada de eso y siéndolo

todo por encima de « Ariel », y otras partes en que la dialéctica y el análisis ideológico son finos y sutiles en la defensa de ideas y doctrinas que han de parecer peligrosas a más de un espíritu enmohecido y « encajonado ».

Montevideo, 3 de Abril 1904.

... ¡Qué esfuerzos de voluntad y de perseverancia tengo que hacer sobre mi mismo para tomar, en los ratos de ocio, la pluma y seguir trabajando, en este ambiente de tedio y de tristeza! Lo que me estimula es precisamente la esperanza de poder dejar esta atmósfera. Si supiera que habría de permanecer en el país. le aseguro a usted que no escribiría una línea y optaría por abandonarme a la corriente general, matándome intelectualmente. Pero, en fin, entre desalientos y desmayos, la obra se va haciendo, y « Proteo » reviste sus múltiples formas, dentro de las cuales alternarán la filosofía moral con la prosa descriptiva, el cuento con el apotegma, la resurrección de tipos históricos con la anécdota significativa, los ejemplos biográficos con las observaciones psicológicas, todo ello en un estilo poético, que a veces asume la gravedad y el entono de clásica prosa castellana, otras la ligereza amena y elegante de la « escritura » francesa, recorriendo las inflexiones más diversas del sentimiento y el lenguaje. Será un libro variado como un parque inglés, o más bien como una selva americana; un libro en el que, a vuelta de una escena de la Grecia antigua, encontrará el lector la evocación de una figura épica de la Edad Media, o una anécdota del Renacimiento, o una evocación

del siglo XVIII, o una descripción de la Naturaleza, o un análisis psicológico, todo ello relacionado dentro de un plan vasto y complejo, sobre el que se cierne, como un águila sobre una montaña, un pensamiento fundamental.

.

Montevideo, 20 de Abril de 1904.

« Proteo », entre tanto avanza. No sin algún sentimiento me separaré de « Proteo » cuando llegue el momento de darlo a la imprenta; porque ese libro me ha acompañado a sobrellevar el tedio y la soledad de esta larga temporada de política, y porque es la obra que he escrito en plena posesión de mi reputación literaria; sin precipitaciones ni fines inmediatos; dejándola cuando la inspiración falla y volviéndola a tomar cuando ella vuelve a dispensarme sus favores; escribiéndola tanto para mí como para los demás, y poniendo en sus páginas el sello de mi personalidad definitivamente formada en lo intelectual, sin que esto sea decir que no haya de escribir otra cosa que se le adelante, si puedo; porque yo concibo la vida y la producción del escritor como una perpetua victoria sobre sí mismo. Pero una vez escrito y publicado « Proteo », que, como ya sabe usted, será un libro de no menos de 500 páginas, me tomaré una temporada de esparcimiento, no en el sentido de dejar de escribir, sino en el de dedicarme por algún tiempo a producir artículos y correspondencias, notas de viaje, revistas críticas, etc.; todo ello breve y sin orden. Así me « desentumiré » después de la larga disci-

plina a que me sujeta la producción metódica y ordenada de este largo libro. Además, hace tiempo que deseo colaborar en dicha forma en periódicos americanos y españoles, que repetidas veces me han solicitado con ese objeto; y me proporcionaría por este medio nuevos recursos pecuniarios para cuando me largue por esos mundos.

... En fin, depende esto de muchas circunstancias. Lo que sí está decidido es que « Proteo » se publicará fuera del país, no bien esté terminado.

Veo que lleva usted una laboriosa y aprovechada vida de estudio y de entusiasmo intelectual. No esperaba menos de sus propósitos y energías. Ese es el estudio grande y verdadero: el que se realiza en la escuela del mundo, « al aire libre », viendo, leyendo, observando, y adueñándose de las llaves de todo saber, que son los idiomas que hablan las gentes que piensan en nuestros días. Al lado de esa escuela, los pedantismos y formulismos universitarios no valen un comino. El hombre debe habituarse a aprender por sí mismo y no a atenerse a lo que le enseñen en el ambiente cerrado y triste de las aulas. Su « primer curso » es ese que está estudiando en España; luego vendrá el 2.º, que será el de Italia; y el 3.º el de Francia; y después convendrá que complete su « doctorado » trabando conocimiento con el genio del Norte, en Europa y en la América sajona, a la que, como usted sabe, yo no amo pero sí admiro.

Esa, repito, es la verdadera escuela de inmortal sabiduría. Yo aspiro a completar por el mismo medio mi cultura; y mi mayor satisfacción es poder decir que cuanto soy y valgo intelectualmente lo debo a mi esfuerzo personal, a mi trato directo con los libros, que es necesario luego completar viendo y oyendo lo que hay desparramado por el mundo.

Montevideo, Septiembre de 1904.

Le escribo mientras atruenan los aires los cohetes y bombas con que se festeja el restablecimiento de la paz. ¡Este es nuestro pueblo! Vivimos en una perpetua fiesta macabra, donde la muerte y la jarana alternan y se confunden. Gran cosa es la paz, sin duda alguna; pero cuando todavía no están secos los charcos de sangre, cuando todavía no se ha disipado la humareda de las descargas fratricidas, cuando todavía está palpitante el odio, y las ruinas de tanta devastación están por reponerse, tiene algo de sarcástico esta alegría semi-bárbara, estos festejos que debían reprimirse, por decoro, por pudor, porque lo digno sería recibir con una satisfacción tranquila y severa la noticia de que cesó el desastre, y pensar seriamente en ver cómo se han de cicatrizar las heridas y pagar las enormes trampas de la guerra. ¡Pero no, señor! Hay necesidad de hacer una fiesta carnavalesca de lo que debiera ser motivo de recogimiento y meditación. Es lo mismo que si una madre a quien se le hubieran muerto dos de sus hijos en la guerra, al saber que habían salvado los otros dos, festejara esto último abriendo sus salones, descotada y pin-

tada, y dando op[ortu]nidad para comilonas, cuando aun estuvieran calientes las cenizas de los hijos muertos.

No se puede transitar por las calles. Las hogueras y barricadas de alquitrán calientan y abochornan la atmósfera y llenan de un humo apesadoso. Los « judas » populares cuelgan grotescamente de las boca-calles. Los cohetes estallan entre los pies del desprevenido transeunte. Las bombas revientan el tímpano con su estampido brutal. La chiquillada, salida de quicio, estorba el tránsito con sus desbordes, y el graznido ensordecedor de las pandillas de compadres mancha los aires con algún ¡viva! desatemplado o alguna copla guaranga, mientras murgas « asesinas » pasan martirizando alguna pieza de candombe. Parece que se festejara una gran ocasión de orgullo y honor para el país! Y lo que se festeja es apenas que la vergüenza y la miseria no se hayan prolongado por más tiempo, y no hayan concluído del todo con esta desventurada tierra!

Hay en todo esto algo de insulto para los hogares que visten luto, y para los trabajadores honestos arruinados por la locura nacional, y para el país mismo desacreditado y asolado por la ignominia de la « revuelta » montonera.

Porque no se respeta la magestad de tanto dolor inmerecido y de tanta desgracia irreparable, arrojándoles al rostro la risa burda de las francachelas populacheras, el regueldo tabernario de la hez de los arrabales, desatada por la calle como en noche de carnaval...

Pueblo histérico, pueblo chiflado, donde al día siguiente de despedazarse en las cuchillas

se decreta la « verbena » pública, y donde los teatros rebozan de gente la noche del día en que llega la noticia de la batalla más espantosamente sangrienta que ha manchado el suelo de la patria.

.

Montevideo, Julio de 1905.

He recibido sus últimas cartas, con los recortes adjuntos: el del discurso de Galdós, muy bueno; el párrafo de « Alma Española » sobre « Ariel », y el artículo de El maleta Indulgencias, cuya anécdota del mostrador del fidelero me gusta por lo intencionada. Algunas de las citas a que Vd. se refiere sobre aquella obra mía, me son conocidas; otras no probablemente. No deje de enviarme lo que encuentre. Acabo de recibir un artículo de Luis Morote, publicado en Madrid, donde habla de la admiración que Menéndez Pelayo siente por mi « Ariel ».

Ello es que esta obra va prolongando sus ecos de una manera poco común, y creo que no queda párrafo de ella que no haya sido citado, comentado o transcripto por alguien. Con los comentarios que yo conozco (y he de desconocer muchos) podrían formarse veinte opúsculos del tamaño de « Ariel ». Ahora va a reproducirse la obra como folletín de un diario de México.

Los primeros ecos que suscite la aparición de « Proteo » se confundirán, pues, con los que aun deja vibrantes en el aire su hermano mayor. « Proteo » es mi preocupación casi absorbente. Lo compongo con « delectación morosa », si vale en esto la frase. Hay páginas en que el

colorido de la descripción, la firmeza del dibujo, el cuidado de la frase, y la compenetración del concepto y de la forma, me dejan satisfecho plenamente. El elemento artístico de la obra está ya hecho. El aparato de apuntes, datos e informaciones también está completo y ordenado. Tengo cuadernos enteros (diez o doce) llenos de noticias y detalles biográficos, que he reunido, compulsado y organizado durante largos meses, para obtener de ellos conclusiones relativas a diversos puntos de mi tesis. Esta sola tarea importa la consulta de más de « cien » volúmenes de obras biográficas, en mi biblioteca, en la del Ateneo, en la de la Universidad, etc. He querido que los datos que me sirvan de « canevas » sean juntados y obtenidos por mi propio esfuerzo, comparando unas fuentes con otras, y no saqueando tres o cuatro libros donde la tarea esté hecha, como suele hacer la fácil erudición americana. Yo reúno mis datos uno por uno y los ordeno a mi manera. En cierto modo es un bien que no haya escrito mi obra estando en Europa; porque teniendo más elementos de información a mano, quizá no habría parado hasta agotarlos o poco menos, lo que me habría hecho demorar quien sabe hasta cuando. Tal como está, la base de erudición de mi libro me satisface, porque es el resultado de mi labor e investigación propia y prolija.

Pero no se limita a la información biográfica. el fondo de datos de que he tenido que echar mano. Como la tesis de la obra abarca fundamentales cuestiones psicológicas y éticas, y se roza con puntos de historia, etc., es mucho más lo que he tenido que ver; y todo lo he sustan-

ciado, criticado y asimilado por mi cuenta.

Después de eso, la cuestión de estilo, de ejecución, que, como Vd. sabe, es fundamental para mí.

Mi aptitud para transformar en imagen toda idea que entra en mi espíritu, me ha favorecido para dar a la obra gran animación y amenidad. Para cada punto o particularidad de mi tesis, se me ha ocurrido un símbolo claro, un cuento o una parábola, en los que he vertido todos los colores de mi paleta, toda la luz, toda la armonía de mi imaginación, pintando cuadros que creo han de vivir en la memoria de los que me lean. Hago como Raimundo Lulio, el filósofo-artista, y baño la idea en la luz de la imaginación y la magnetizo con el prestigio hipnótico del estilo. Tengo la convicción de que mi obra « quedará » en la literatura americana, superando acaso al éxito de « Ariel ».

Le escribo en circunstancias en que estoy enteramente poseído por el espíritu de mi obra en gestación, y por eso no le hablo si no de ella.

Su affmo. amigo.

José Enrique Rodó.

**Cartas al Señor
Don Max Henríquez Ureña**

Montevideo, 20 de Noviembre de 1904.

Sr. Max Henríquez Ureña,
Santiago de Cuba.

Estimado señor y amigo:
Llega a mí su carta sobre « Ariel » y antes

había ya recibido los números que Ud. me envió de « Cuba Literaria ».

He leído su revista con vivo placer y simpatía. Me interesa de veras todo lo que se refiere al movimiento intelectual de esas tierras del Norte, *avanzadas* del espíritu latino en América.

Tiene su revista, además, el prestigio y la animación de cuanto lleva el sello del espíritu de la juventud, cuando a ésta inspiran altos y generosos ideales.

Escribe Ud. en la patria de Martí. Ponga Ud. su empresa bajo los auspicios de esa gran sombra tutelar.

En cuanto a « Ariel », a quien se propone Ud. dar carta de naturaleza en Cuba, ¿qué he de decirle sino que tiene para ello mi beneplácito? Sólo me toca en esto hacer votos porque la buena fortuna, superior sin duda a los méritos del libro, que ha acompañado a éste hasta ahora, no le abandone en su nuevo avatar. Y si él no llevare ya su dedicatoria — nacida, por decirlo así, de sus mismas entrañas — propondría a Ud. que a la memoria de Martí dedicáramos la edición cubana de « Ariel ».

Dejo así contestada su carta. Trabaje Ud., perseverere, piense en el porvenir; quiera mucho a su América, a nuestra América, que es nuestra grande y única patria, y escríbame cuando tenga espacio para ello, seguro siempre de mi estimación y de mi afecto.

Montevideo, 19 de Julio de 1912.

Conocedor de la buena amistad y el compañerismo literario que vinculaban a Ud. con el

infortunado Jesús Castellanos, a Ud. me dirijo para expresarle la profunda pena que me causa la desaparición de aquel noble espíritu, de aquel ya ilustre escritor, de aquel óptimo compañero nuestro en la cruzada americana por nuestra cultura y la dignificación espiritual de nuestra civilización.

La muerte me ha arrebatado en corto tiempo dos de los amigos literarios que más quería y en quienes cifraba más bellas esperanzas para nuestra obra: Carlos Arturo Torres y Jesús Castellanos. Ambos han muerto prematuramente, cuando sus facultades prometían el mejor y más sazonado fruto.

Sé que la ausencia eterna de Jesús Castellanos no será motivo de disolución, sino de más estrecho acercamiento, estimulado por la inspiración de su memoria y de su ejemplo, para el grupo intelectual que él contribuyó a organizar y dirigir. Y es, además, deber de este grupo consagrar al autor de « La Conjura » el homenaje que Ud., en sentidas palabras, encarece, llevando adelante la *Sociedad* que fué uno de los grandes sueños de su vida.

Perseveremos los que quedamos. Y entre éstos tengo muy presentes, en mi recuerdo y en mi predilección, a los dos hermanos, dignos herederos de un apellido ilustre, que tan eficazmente contribuyen, uno en Cuba, otre en México, a mantener vivo y fecundo el entusiasmo por la cultura intelectual.

Le renueva las más expresivas condolencias. y le estrecha afectuosamente la mano,

José Enrique Rodó.

Cartas al Señor Don Pedro Henríquez Ureña

Montevideo, 20 de Febrero de 1906.

Sr. D. Pedro Henríquez Ureña.
Habana.

Estimado amigo mío:

Muchas gracias, y muy sinceras, por su interesante libro (1) y por las benévolas páginas que en él están consagradas a mi « Ariel ». No gusto de fórmulas cumplimenteras de agradecimiento, ni pago tributo al convencionalismo de la cortesía literaria, que retribuye elogios con elogios. Agradézcole su libro y su juicio porque revelan un espíritu levantado sobre el nivel de la mediocridad, y porque veo en Vd. un verdadero escritor, una hermosa promesa para nuestra crítica americana, tan necesitada de sangre nueva que la reanime. Me agradan mucho las cualidades de espíritu que Vd. manifiesta en cada una de las páginas de su obra, y que son las menos comunes, y las más oportunas y fecundas, con relación al carácter de nuestra literatura. Me agradan la solidez y ecuanimidad de su criterio, la reflexiva seriedad que da el tono a su pensamiento, lo concienzudo de sus análisis y juicios, la limpidez y precisión de su estilo. Me encanta esa rara y felicísima unión del entusiasmo y la moderación reflexiva, que se da en Vd. como en pocos. Y

(1) El primer libro de Pedro Henríquez Ureña, *Ensayos críticos*, publicado en la Habana, 1905.

me complace reconocer, entre su espíritu y el mío, más de una íntima afinidad y más de una estrecha simpatía de ideas.

La lectura de su libro trajo inmediatamente a mi memoria un nombre que no sé si será conocido para Vd.; el nombre de un joven crítico peruano, Francisco García Calderón, muy semejante a Vd. en tendencias, méritos y caracteres de pensamiento y estilo, y en quien también veo una brillante esperanza para la crítica hispano-americana. Si no cultiva Vd. relación intelectual con él, entáblela, y comuníquense sus impresiones, y trabajen juntos al través de la distancia material; porque es de la aproximación de espíritus tan bien dotados y orientados de donde puede surgir impulso de vida para la crítica, y en general, para la literatura de la América nueva.

Lo que le pido con todas veras es que persevere y no desmaye; que se sobreponga a las ingratitudes e inclemencias del ambiente; que mantenga vivo en su alma ese noble y desinteresado amor por las letras y por toda alta idealidad, que hoy mueve su pluma; que no abdique en su vida de la generosa y simpática elevación de su juventud.

Yo seguiré su labor con vivo interés y cariño. Quiero que seamos amigos verdaderos. Escríbame alguna vez; crea siempre que desde lejos le acompaño y aplaudo, y reciba, con mis votos por el triunfo de su primera obra, un amistoso *shake-hand* de su affmo.

Montevideo, 28 de Noviembre de 1908.

Mi distinguido amigo:

Con su afectuosa carta, recibí los ejemplares que V. me enviaba de la edición de « Ariel » impresa en Nuevo León, por iniciativa de la juventud y bajo los auspicios del gobierno de aquel Estado (1). Grato me ha sido ver a « Ariel » en tan lucido traje y destinado a tan noble público como la juventud de México, ese fuerte y próspero pedazo de nuestra gran patria americana. No hay motivo para que V. me explique en su carta por qué no se ha solicitado mi autorización (2). No era necesaria: todo lo que yo escriba pertenece a ustedes.

Sé que se ha hecho otra edición por la « Escuela Nacional Preparatoria » de esa capital (3), y Sempere acaba de imprimir otra en Valencia. Aún piden, aún comentan ese afortunado libro mío. Que se difunda, pues, por las ideas que expresa, ya que no por otro género de valor.

(1) Los principales miembros de la Sociedad de Conferencias de México se dirigieron al Gobernador del Estado de Nuevo León, en la República Mexicana, General Bernardo Reyes, sugiriéndole la idea de hacer una edición de *Ariel* para hacerla circular gratuitamente entre la juventud del país; y el General Reyes dispuso hacer una elegante edición que inició el culto de *Ariel* en México.

(2) Los motivos eran el deseo de que no se retardara la publicación y la circunstancia de ser ella gratuita.

(3) Efectivamente, poco después de haber circulado la edición del General Reyes, el Dr. Porfirio Parra, director de la Escuela Preparatoria de México, dispuso hacer otra, igualmente de distribución gratuita, por cuenta de la institución que él dirigía.

Veo que la actividad intelectual de los jóvenes se manifiesta ahí en una « Sociedad de Conferencias ». Me agradaría seguir de cerca ese movimiento. Todo lo que V. haga por darme noticias de él, se lo agradeceré mucho. ¿Y de V. mismo, de su obra, de sus proyectos, nada me dice V.? ¿Cuándo tendrá sucesor aquel escogido libro de crítica en que saludamos la revelación de su hermoso talento?

No recibo, desgraciadamente, la « Revista Moderna » (4). Excuso agregar el interés con que la recibiría. Lo que V. escribió sobre « Liberalismo y jacobinismo » (5) tampoco ha llegado a mis manos. Espero poder leerlo junto con su contestación a ésta.

En cuanto a « Proteo », está ya imprimiéndose y visitará a V. muy pronto.

Mis saludos y afectos a esa juventud estudiosa y entusiasta; y para V. el más cordial « shake-hand de su amigo affmo.

P. S. — Agradezca V. en mi nombre, a sus compañeros, la iniciativa de reeditar « Ariel »; así como al gobernante que tan deferentemente la acogió, la distinción que ello importa.

Montevideo, 12 de Mayo de 1910.

Contesto a su atenta de 2 de Febrº, tan grata para mí como todas las que me traen noticias suas. Mucho me interesa y complace cuanto

(4) La *Revista Moderna de México*, fundada por Jesús E. Valenzuela y Amado Nervo; se publicó de 1898 a 1911.

(5) En la *Revista Moderna*.

Ud. me dice de la buena acogida que *Proteo* ha logrado en México, y no necesito agregar que, entre las manifestaciones que más alto valoro de esa buena acogida, cuento muy principalmente la atención que Ud. se propone dedicarle (1).

¡Lástima que no llegue hasta mí ningún número de la « Revista Moderna », que tanto aprecio! Donde he visto reproducciones de *Proteo* es en el Boletín de la excelente Escuela Nacional Preparatoria. En cuanto al envío de ejemplares a las librerías mexicanas, pronto podrá realizarse, pues se está terminando la impresión de la segunda edición, cuyo agente en España será Perlado Páez, de Madrid, quien tiene orden de distribuir ejemplares a las librerías de México y Cuba. La primera edición se agotó rapidísimamente: casi al mes de ponerse a la venta.

En los números de la « Revista Moderna » que Ud. me envió al año pasado leí, entre otros hermosos trabajos suyos, *El nacimiento de Dionisos*, y la impresión de mi lectura se concretó desde el primer momento en este juicio: es lo más hermoso que ha salido de la pluma de Ud. (a lo menos entre lo que yo conozco), y es una de las cosas más bellas de la nueva literatura hispano-americana. El hondo y personal sentido del mito encarna en una noble belleza, de estirpe muy superior a la que deslumbra los ojos del vulgo literario. Si Ud. escribe dos o tres cosas más de ese género y las reúne en un

(1) La conferencia *La obra de José Enrique Rodó*, dada en el Ateneo de México en 1910.

tomo, honrará su propio nombre y merecerá el agradecimiento de cuantos aman, en América, la cultura y el arte. Pensé, desde que lei su trabajo, hacerlo reproducir aquí; y distraído luego por preocupaciones ajenas a las letras, olvidé aquel propósito, que al recibir su carta he recordado para ponerlo de inmediato en ejecución. Ya le enviaré la revista donde se reproduzca.

¿No le parece a Ud. que estamos, en América, en vísperas de una renovación del ambiente literario, que se anuncia por una declinación muy visible de la frivolidad y la trivialidad decadentistas, y por una tendencia muy simpática a la reflexiva seriedad del pensamiento y a la transparencia y firmeza de la forma? Yo percibo muchos anuncios de esto, y me regocijo; porque siempre he pensado que la literatura americana llegará a existir como real energía social cuando adquiera un firme sentido idealista y lo exprese reivindicando y renovando la hermosura genial del idioma cuyo mantenimiento futuro nos está confiado.

Espero con interés su anunciada colección de artículos que editará Ollendorff (2). En esta misma biblioteca acaba de publicar nuestro amigo García Calderón un tomo excelente, que Ud. ya conocerá (3).

Escríbame; deme noticias suyas y de esa trabajadora juventud, por la que tanto me intereso, y reciba los más afectuosos sentimientos de su amigo que no le olvida.

José Enrique Rodó.

(2) El libro *Horas de estudio* (París, 1910).

(3) El libro *Profesores de idealismo* (París, 1910).

P. S. — Si escribe a su hermano Max, agrádezcalle, en mi nombre, la hermosa página que consagró, en « El Figaro » (4), a « Proteo ».

Cartas al Señor Don Alejandro Andrade Coello

Montevideo, 5 de Diciembre de 1907.
Señor Don Alejandro Andrade Coello,
Quito.

Mi distinguido amigo:

Tiempo hace que no tengo noticias de Ud. ni recibo su interesante periódico. ¿Acaso ha dejado de publicarse?

Mi carta no sólo tiene el objeto de reanudar nuestra comunicación epistolar y saber de Ud. sino que quiero informarme, por su intermedio, de algo que me interesa. He oído muy elogiosas referencias a un opúsculo publicado, no sé si en Guayaquil o Quito, por el Sr. Gonzalo Zaldumbide, a propósito de « Ariel »; pero no he hallado medio de obtenerlo, y quisiera que Ud. me indicase el modo como podría satisfacer mi deseo. El nombre de Zaldumbide me recuerda a uno de los amigos y correligionarios del gran Montalvo, gloria de su patria de Ud.

Sobre Montalvo escribo actualmente un estudio, que daré a la publicidad en una revista española. El culto de su memoria preclara ¿sigue

(4) El semanario de la Habana.

inspirando a la juventud del Ecuador, como faro luminoso, en las ideas, en la acción y en el estilo? Así debo creerlo.

Entéreme Ud. del actual movimiento literario ecuatoriano; de las revistas que se publiquen y de las jóvenes inteligencias que albordeen.

Junto con la presente, me es grato enviarle un ejemplar de « Liberalismo y Jacobinismo », que es lo último que he publicado.

No le olvida su afectísimo amigo.

Montevideo, 29 de Agosto de 1909.

Ha tiempo que no sé nada de Ud., y aunque ignoro si su residencia sigue siendo esa ciudad (*Quito*), quiero dirigirme a fin de reanudar, si es posible, nuestra correspondencia, para mí tan grata.

Me llama la atención que entre los ecos que me llegan del movimiento literario hispanoamericano y los libros y revistas que recibo, poco, muy poco, viene a mí del Ecuador, y poco es también lo que leo sobre obras que hayan aparecido en esa república y autores nuevos que en ella se hayan revelado. ¿Es que en realidad la producción literaria ecuatoriana, del país de Montalvo y de Olmedo, pasa por un período de estancamiento?

Ignoro también si sigue publicándose la revista que Ud. con tanto acierto dirigía.

Sobre todo esto, y en general sobre las actuales manifestaciones del pensamiento ecuatoriano, quisiera noticias e informes que nadie mejor que Ud. puede proporcionarme. De antemano se los agradezco.

N. B. — ¿Conoce Ud. la residencia de su compatriota Zaldumbide, que hace algunos años dió en la Universidad de Quito una hermosa conferencia sobre mi « Ariel »?

Montevideo, 25 de Diciembre de 1909.

Gracias mil por su instructiva carta sobre el actual movimiento literario ecuatoriano. La he leído con verdadero interés.

Gracias también por el nuevo libro suyo. ¡Cuánto me place que espíritus como el de Ud., en quien se aúnan la superioridad intelectual y la nobleza de sentimientos e ideales, se apliquen a temas como los que Ud. dilucida y los estudien en su relación con nuestro ambiente americano!... Así quisiera yo ver orientada la producción de nuestros escritores, y así aliento la esperanza de verla florecer cuando, terminando tanta frívola dispersión de fuerzas como hoy deploramos, nuestra literatura se nutra de las hondas y esenciales preocupaciones de nuestra vida, y tienda a un ideal afirmativo y constructivo, de energía, de acción, de fe en el porvenir, como cumple a la expresión literaria de pueblos jóvenes y fuertes. Por este camino debemos buscar la originalidad.

Mantenga Ud. en alto su bandera de « El Educador », que lleva en su título el mejor de los programas; no consienta largos ocios a la pluma, que, en manos de Ud., es instrumento del más noble trabajo, y crea que, desde lejos, le acompaña con la atención y simpatía más sinceras, su amigo de corazón.

Montevideo, 21 de Enero de 1910.

Acabo de leer su hermoso opúsculo sobre los progresos del Ecuador. Su tesis fundamental es ya para mí muy simpática, porque, en lo que se refiere al porvenir de los pueblos hispano-americanos y a sus destinos históricos, soy de un impenitente optimismo. Pero, además, en el desenvolvimiento de esa tesis, en la idea que Ud. encadenadamente expone, noto a cada paso puntos de contacto con mi modo de encarar cuestiones esenciales. Pensamos lo mismo en muchas cosas, y esta confraternidad de espíritu me complace de veras. Mi liberalismo, como el suyo, es, en su más íntimo fondo, tolerancia, y tanto se opone al fanatismo clerical como a la violencia jacobina. Libre de toda vinculación religiosa, experimento como Ud. alto respeto por la figura humana y sublime del fundador de la civilización cristiana.

Sus censuras de la ejecución de Ferrer interpretan, en lo esencial, mi propio sentir: he encabezado, en mi país, protestas por ese hecho injustificable; sólo que, en cuanto a los méritos y condiciones personales de aquel infortunado, no me considero aún en aptitud de juzgar con pleno conocimiento. Bastan, para mi protesta, el carácter y la forma de su condenación.

Cuando Ud. habla de que la libertad religiosa es un ideal completamente realizado en algunos pueblos de la América nuestra, dice verdad tan segura que yo me atrevo a afirmar que estos pueblos del Río de la Plata, en que vivo, son, en materia religiosa, los más *liberalizados* del mundo: aquéllos en que la religión

mueve menos pasiones y permanece más apartada de las luchas civiles y las « disputas de los hombres ».

Las conquistas de libertad religiosa que Ud. ve avanzar con justo júbilo en su noble país, son también hechos alcanzados ha tiempo en el Plata; y esta es la hora en que se prepara, aquí en Montevideo, la completa separación de la Iglesia y el Estado, sin que esta reforma suscite protestas muy violentas del lado de los intereses católicos, convencidos quizá de que ésa no será obra de hostilidad, sino de equidad, que favorecerá en definitiva la autonomía de su propia comunión respecto de potestades ajenas.

Muy sensatas me parecen las páginas que Ud. consagra a las cuestiones internacionales que interesan al Ecuador. El criterio de concordia y justicia es, en ese orden de cuestiones, en los pueblos americanos, imposición de la misma naturaleza, a la que repugnaría la criminal demencia de discordias sangrientas por litigios de límites en estas tierras, en gran parte desiertas, y en su parte poblada, pobladas por hermanos. Hechos recientes demuestran que ese criterio prevalecerá: las convenciones realizadas ha poco por mi país con el Brasil y la Argentina despejan cuestiones territoriales importantes y fijan una norma que todos los pueblos americanos han de seguir, por decoro y por instinto de conservación propia.

No terminaré sin expresarle la satisfacción con que veo el culto de veneración que el Ecuador mantiene por la memoria de Montalvo: los pueblos que honran a hombres de esa talla se honran a sí mismos.

Correspondiendo a su pedido — que no hizo sino anticiparse a la ejecución de un propósito mío, — le envié, hace próximamente un mes, un ejemplar de mi último libro.

Montevideo, 10 de Diciembre de 1913.

Débole la expresión de mis sentidos agradecimientos por las bellas y afectuosas páginas con que me ha honrado su generosa amistad en el opúsculo que lleva mi nombre. La demora en agradecérselas no reconoce otra causa que mi deseo de hacerlo con más detenimiento del que suelo poner en mi correspondencia habitual ; porque en la agitada vida que por aquí llevamos me sucede — y acaso le pase a Ud. lo mismo ; — que las cartas que con más interés me propongo escribir son las que más retardo, en espera siempre de una tregua que me permita escribirlas con el reposo que quisiera.

Por desdicha, esa hora de serenidad sigue siéndome esquiva, y ya que el año se va y que debo remediar de algún modo los atrasos de mi correspondencia, acepte Ud., que tan benévolo es conmigo, estas pocas palabras de agradecimiento, siquiera por la sinceridad en que están inspiradas. Ha reunido Ud., en mi obsequio, todas sus prendas de escritor y todas sus bondades de amigo: si las primeras confirman el alto aprecio en que tuve siempre su pluma, las segundas vienen a hacer aún más estrecha y cordial una amistad fundada en la comunidad de las ideas y las simpatías del carácter.

Los ejemplares que Ud. me envió de su opúsculo fueron convenientemente distribuidos, y

por cada uno de ellos recogí una impresión que, sumada a la mía propia, contribuyó a que me sintiese aún más obligado para con Ud.

Dentro de pocos días, he de mandarle « El Mirador de Próspero », que acaba de salir de la imprenta y en el que incluyo, como Ud. verá, un largo estudio sobre nuestro gran Montalvo. Es de las cosas que con más amor y esmero he escrito en mi vida.

Suelo recibir libros y periódicos del Ecuador, entre ellos la « Revista de la Sociedad Jurídico-Literaria », que me interesa mucho y me parece excelente.

Montevideo, 20 de Noviembre de 1914.

Pláceme acusar recibo de sus dos muy gratas de 5 y 21 de Julio. No recibí la de Febrero, a que Ud. hace referencia, pero sí la copia de ella que ahora me acompaña Ud. Gracias por la simpatía y el afecto que me confirma, con motivo de mi último libro, en tan sentidos y elocuentes términos. Cada vez que un ecuatoriano me escribe reconociendo la semejanza de la imagen que me propuse trazar de Montalvo, siéntome confortado en mi convicción de la profunda unidad espiritual hispanoamericana, puesto que, a pesar de comunicarnos tan poco, nos comprendemos e identificamos tan fácilmente juzgando a nuestros hombres y nuestras cosas.

Las « Nociones de Literatura General » me interesan muchísimo. Cabalmente, una de mis ideas más arraigadas es la de la necesidad de remover los procedimientos de la enseñanza

retórica y literaria, empezando por la sustitución de los textos compuestos al modo pseudo clásico. Algo sobre el particular incluí, como Ud. sabe, en el « Mirador de Próspero ». Sus nociones me produjeron, pues, viva satisfacción, celebrando, no sólo la oportunidad del intento, sino también el desempeño juicioso y atinado. Espero que su libro tenga la sanción que merece, en la enseñanza oficial, y creo muy posible que, una vez adoptado como texto en su patria, salve las fronteras de ella y se imponga en otras partes de América, donde la necesidad a que Ud. ha querido atender no ha sido satisfecha. Ese texto suyo es obra de criterio propio y amplio, que en nada se parece a las vulgares « rapsodias » que Ud. se propone, muy oportunamente proscribir.

Al joven discípulo de Ud. que quiere consagrar a mi obra las primicias de su pluma, salúdelo Ud. afectuosamente en mi nombre y agrádezcale su interés. De las dos publicaciones a que Ud. se refiere no conservo ejemplares, pero una de ellas: el estudio sobre Darío, — que tanta aceptación e influencia crítica alcanzó, — está reproducido como prólogo en la edición de « Prosas Profanas » hecha por Bouret, de que le remito un ejemplar.

En cuanto al otro opúsculo: « La vida nueva », no tiene gran importancia y poco se perderá en omitirlo.

Queda de Ud. amigo affmo.

José Enrique Rodó.

Carta a la poetisa uruguaya María Eugenia Vaz Ferreira

.....

Su incomparable página es un acto de generosidad y al mismo tiempo de crueldad. De crueldad, porque lo será siempre expresar el elogio de una tentativa de arte en forma tal que lo elogiado palidezca y se borre de la atención del que lee, apenas suficiente para percibir y admirar la belleza del elogio mismo.

En este sentido le debería rencor, pero sé que debo perdonarla porque no se me oculta que, aunque usted quisiera escribir pálidamente, no le sería posible; su pluma se rebelaría y triunfaría sobre su voluntad.

Ha tomado usted una frase trivial de mi libro — la de « la carne de los dioses » — y ha bordado sobre ella tan magnífico comentario que la pobre frase mía, avergonzada y confusa, pide volver a la obscuridad de que usted la ha sacado despiadadamente para que sirva de sostén a tan abrumadora carga de belleza... y en todo caso, si la frase en sí tiene efectivamente alguna belleza, esa ha sido creada por usted que la ha descubierto, — y descubrir es crear.

Digo que la ha descubierto porque ni en mi memoria duraba la más mínima huella de ese rasgo abandonado de mi pluma, ni sé que nadie haya detenido en él mi atención. Usted ha redimido a esa pobre frase! Usted la ha salvado de la sombra! Es, pues, suya.

La gratitud es, a veces, incómoda; lo es, por ejemplo, cuando obliga a contener la expresión

sincera de la admiración por una página de arte.

Quisiera escribir el libro que mereciese la página que usted ha escrito. Pero me basta con la satisfacción de haber escrito el libro que sino la ha merecido, la ha inspirado.

Con la admiración de siempre.

José Enrique Rodó.

Montevideo, 1909.

Carta al Señor Don Carlos Arturo Torres

Montevideo, Setiembre 10 de 1909.

Sr D. Carlos Arturo Torres,
Liverpool.

Muy distinguido amigo:

Pensé acompañar a mi último libro, *Motivos de Proteo*, cuando lo envié a Ud., de una carta mía. Pero me ocurre con mi correspondencia algo que parece contradictorio, aunque tiene su explicación; y es que las cartas que con más interés anhelo escribir son las que más retardo, cuando suelo escribirlas. El deseo de hacerlo con toda extensión y reposo explica que las deje indefinidamente para un mañana que suele no llegar... Pero la lectura, que he terminado, de su *Idola Fori*, me acicatea para cumplir, siquiera sea en breves líneas, un improrrogable deber intelectual.

Cruzáronse nuestros libros, *Idola Fori* y *Motivos de Proteo*, en el camino, y nos llevaron.

al uno y al otro nuevo testimonio de la afinidad de nuestras ideas, de la « simpatía » intelectual que nos une. *Idola Fori* y la parte de *Proteo* donde se habla de la evolución del pensamiento, vibran al unísono.

Por la noble austeridad de su pensar y el sentimiento amplio y generoso y la severa elegancia del estilo, *Idola Fori* es obra que honra a la inteligencia americana. Cuando entre el tumulto de libros vanos y triviales que salen de las prensas de América, aparece uno de esta entidad y de esta calidad, de esta dignidad, de esta distinción, se experimenta un gran consuelo y se recobra la fe en los destinos intelectuales y sociales de nuestras democracias.

Por la selección de su espíritu y la índole de sus ideas, usted es de los escritores que merecerían tener en América « cura de almas ». Su libro es una lección que haría enorme bien en la cátedra de instrucción cívica y moral. Pocas lecturas tan oportunas y provechosas para la juventud en estos pueblos; y en general, no hay espíritu sincero y reflexivo que no tenga allí mucho que aprovechar.

¡ Si pudiéramos dar impulso, con nuestro ejemplo, en América, a un movimiento de ideas y de producción literaria, que se encaminase a un fin de educación social, de formación de la conciencia colectiva de estas sociedades, sobre fundamentos de paz, de amor; de tolerancia y de cultura!...

Será para mí un placer y un honor prologar la segunda edición de un libro tan excelente y noble como *Idola Fori*. Yo hago aquí propaganda por él, recomendándolo como exquisito

manjar espiritual a mis amigos, de los cuales he oído ya muy altos elogios para el autor y para la obra.

En estos días, salgo para Río de Janeiro como miembro de una Delegación diplomática que el Gobierno de mi país envía al Brasil con motivo del tratado de límites que está ya acordado. A mi regreso — que será antes de un mes — me ocuparé en escribir un estudio largo (algo así como el que escribí para Rubén Darío), sobre su libro y se lo enviaré sin demora.

Excuso decirle que no es esta la carta extensa y cuidada que pienso escribirle; es ésta sólo una expresión muy insuficiente de la alta consideración intelectual y personal que le consagro al eminente colega colombiano, a quien otra vez, con motivo de *Estudios Ingleses y Obra Poética*, tuve ocasión de llamar «poeta y pensador, alto y noble espíritu».

Su afectísimo amigo y admirador,

José Enrique Rodó.

Tarjeta al Señor Don Alfonso Reyes

José Enrique Rodó, diputado por Montevideo, saluda afectuosamente a su joven amigo Alfonso Reyes, y en contestación a su amable carta, se complace en manifestarle que espera con el mayor interés el libro que le anuncia, y que tendrá el mayor gusto en darle respecto a él la opinión que le pide; aprovechando la oportunidad para asegurarle el vivo afecto que le inspira la brillante juventud intelectual mexi-

cana, y para retribuir los atentos saludos del señor General Reyes. Montevideo, 15 de Diciembre de 1909. (Cerrito 102a).

Carta al Señor Don Ramón V. Catalá

Montevideo, 10 de Enero de 1911.
Señor Director de « El Fígaro ».
Habana.

Estimado señor y amigo:

Mucho agradezco a Ud. el atento envío de los números de « La Discusión » donde aparece publicada la conferencia de Jesús Castellanos sobre mi « Proteo ».

En el escritor un tanto emancipado de la vanidad de los primeros años, la eficacia de lo que se escribe sobre sus obras, para interesarle e impresionarle gratamente si el juicio es favorable, depende, en primer término, del grado de comprensión de la obra, que el juicio manifiesta. Tanto como se desdeña la alabanza trivial, o torcidamente fundada, se aprecia y agradece el aplauso que revela penetración honda y sincera del espíritu de la obra.

Esta es, desde luego, poderosa razón para que el trabajo de Castellanos obligue mi reconocimiento. A otros toca decidir si hay justicia o exceso de benevolencia, en su crítica; pero es atribución mía reconocer que la obra, tal como yo me la propuse, está sentida y penetrada íntimamente: sin duda porque ha sido examinada

con esa disposición de simpatía que es, en suma, el más eficaz instrumento de comprensión que pueda aplicarse a los hechos y los dichos humanos.

Claro es que, además de ser el valor del juicio relativo a la condición de comprender, lo es también a la autoridad o la calidad del espíritu de quien lo formula. De este punto de vista, lo que yo pienso de Jesús Castellanos no he de decirlo ahora: porque no és ésta la ocasión oportuna, y porque lo dije ya, cuando cayó en mis manos una preciosa colección de cuentos suyos — la intitulada « De Tierra adentro » — y me bastó con su lectura diputar al autor como uno de los narradores de más fina sensibilidad y más hermoso estilo entre cuantos cultivan, en América, la pintura de la naturaleza y las costumbres propias de cada una de estas tierras.

Acreeciento mi satisfacción el hecho de que sea mi obra la que haya dado el tema para la primera conferencia de la Sociedad fundada con el objeto de mantener la actividad de aquel medio de comunicación de las ideas.

El pensamiento generador de esa institución, que yo quisiera ver imitada en todas aquellas partes de América donde no existe alguna análoga (como existe en México), me parece, hoy más que nunca, oportunísimo; y sobre ello quiero decir algo en esta carta.

El momento actual ofrece un aspecto interesante, en la vida intelectual de estos pueblos: algo nuevo se prepara y anuncia en lo que se refiere a la producción literaria y sus vinculaciones con la sociedad.

El movimiento modernista americano, que, en la relación de arte, fué en suma oportuno y fecundo, adoleció de pobreza de ideas, de insignificante interés por la realidad social, por los problemas de la acción y por las graves y hondas preocupaciones de la conciencia individual.

La independencia del arte literario respecto de fines ulteriores a la realización de belleza, es dogma en que todos comulgamos; pero no es inconciliable con él la afirmación de que en el frecuente contacto con el fondo de ideas e intereses superiores que constituyen la viva actualidad de una época, hay, para el arte y la literatura, una fuente de vitalidad que no pueden desdeñar sin empobrecerse y perder en calor humano.

Pues bien; esa verdad tiende a recobrar su imperio. O mucho me equivoco o llegamos en América a tiempos en que la actividad literaria ha de manifestar clara y enérgica conciencia de su función social.

Bastaría citar alguno de los libros más interesantes y valiosos que han salido de prensas americanas, desde hace tres o cuatro años, para dar la razón de esa esperanza; y no sólo podría señalarse en ellos el carácter de trascendencia social que asume la obra literaria, sino también la afinidad de las tendencias en que se concreta ese carácter.

Según los indicios a que me refiero, hay, por le menos, dos tendencias fundamentales que parecen destinadas a prevalecer en la orientación de la nueva literatura hispanoamericana.

Es la una la vigorosa reanimación del senti-

miento de la raza, o si se prefiere, del abolengo histórico, como medio de mantener el carácter consecuente de la personalidad colectiva, al través de todas las modificaciones impuestas por la adaptación al espíritu de los tiempos y por influencias extrañas, que son inevitables, pero que deben someterse a la energía asimiladora del carácter propio.

La otra consiste en la creciente manifestación del sentido idealista de la vida; en la reacción contra el concepto puramente material y utilitario de la civilización y la cultura; en el interés devuelto a las cuestiones de orden espiritual, que es, universalmente, uno de los signos del espíritu nuevo que ha sucedido al auge del positivismo.

Ambas notas forman acorde en el superior designio de contribuir a la determinación del *alma* latinoamericana, tal como la quieren el recto entendimiento de la historia y la clara visión del porvenir donde está la plenitud de nuestro ser y de nuestros destinos.

En esa obra está llamada a colaborar eficazmente la « Sociedad de Conferencias » de Cuba, cuyo objeto y propósitos expone su digno iniciador en elocuentes páginas del trabajo que ha dado ocasión a esta carta mía.

Jesús Castellanos manifiesta ahora una faz de su personalidad que ha de darle no menos honra que su preclara labor de artista: la faz del intelectual que, participando de las energías del hombre de acción, las emplea en la propia esfera de la intelectualidad desinteresada, para abrir campo a las actividades de este orden en el medio social y dotarlas de un organismo ade-

cuado a su desenvolvimiento.

Si la « Sociedad de Conferencias » arraiga, despertando en cuantos tienen « cura de almas » el sentimiento del deber de robustecerla, y si logrará crear en cierta parte del público el hábito de una atención que sobreviva al fácil interés de la novedad, el grupo de sus fundadores podrá enorgullerse de haber tributado al porvenir de su patria un bien tan alto como los que quepa procurar para ella en el terreno de la educación política o del engrandecimiento material.

La república que soñaba Martí era libertad, era prosperidad, era paz; pero era también inteligencia, cultura e idealismo.

Concluyo esta carta con la evocación de tan gloriosa memoria; y agradeciendo a Ud. nuevamente su fineza, me suscribo su affmo. amigo,

José Enrique Rodó.

Carta al Señor Don Federico García Godoy

Montevideo, Enero (?) de 1912.

Sr. Dn. F. García Godoy
La Vega, Santo Domingo.

Mi distinguido amigo:

Su nuevo libro, *Alma Dominicana*, llegó a mí junto con las vagas noticias que tenemos de las turbulencias políticas de que ha sido teatro la patria de Ud. El telégrafo, puesto al ser-

vicio de la prensa, suele no ser consecuente en sus informaciones, ni las ajusta siempre al interés que por su tema y procedencia merezcan; de suerte que nada sé de las ulterioridades de la conspiración que costó la vida al Presidente de la República. Pero, como quiera que se hayan resuelto estas violencias, vayan en primer término mis votos por la paz y el buen orden institucional de ese noble pedazo de tierra americana.

Por cierto que tales ecos de discordia, harto semejantes a los que de otras partes de nuestra América nos vienen uno y otro día, sirvieron como de fondo que diese mayor resalte y prestigio de interés a la lectura de las atinadas consideraciones con que prologa Ud. su libro. Despliega Ud. a los vientos todo un programa literario, en el que, como idea fundamental, aparece la idea de nacionalidad, entendida de alta manera, y en el que se difunde su convicción de la necesidad de orientar el movimiento hispanoamericano en un sentido concordante con los caracteres y oportunidades del movimiento social y político de estos pueblos, de modo que la obra del escritor concorra, como una fuerza positiva, al gobierno de las ideas y las pasiones. Ninguna aspiración más generosa ni más justa. Yo he participado siempre de ella; yo he pensado siempre que, aunque la soberana independencia del arte y el valor substancial de la creación de belleza son dogmas inmutables de la religión artística, nada se opone a que el artista que, además, es ciudadano, es pensador, es *hombre*, infunda en su arte el espíritu de vida que fluye de las realidades del pensamiento y

de la acción, no para que su arte haga de esclavo de otros fines, ni obre como instrumento de ellos, sino para que viva con ellos en autonómica hermandad, y con voluntaria y señorial contribución se asocie a la obra humana de la verdad, del bien. Aun consideradas estas cosas de un punto de vista puramente estético, nadie podrá negar que el arte se privaría de cierta especie de belleza si renunciara a las inspiraciones y virtualidades que puede recoger en el campo de la agitación civil y de la controversia de ideas; como se privaría la propaganda ideal o cívica, de un medio insustituible para lograr ciertos efectos, si nunca el arte trajese en su auxilio el maravilloso poder y la única eficacia con que llega a lo hondo de los corazones y los enlaza en comunión de simpatía.

Las circunstancias históricas tienen en esto, como en todo, considerable parte. Epocas y pueblos hay en que la función social de la obra artística se impone con mayor imperio y encuentra más adecuado campo en las condiciones de la realidad. Entre esos pueblos y esas épocas incluyo yo a las naciones hispanoamericanas del presente tiempo. Su gran tarea es la de formar y desenvolver su personalidad colectiva, el *alma* hispanoamericana, el *genio* propio que imprima sello enérgico y distinto a su sociabilidad y a su cultura. Para esta obra, un arte hondamente interesado en la realidad social, una literatura que acompañe, desde su alta esfera, el movimiento de la vida y de la acción, pueden ser las más eficaces energías.

Expresa Ud., con elocuente vehemencia, la inextinguible virtualidad de un sentimiento na-

cional arraigado en la tradición y en la conciencia de un pueblo, para resistir a las amenazas de absorción a que dé aparentes facilidades la debilidad material; y en la exaltación constante de ese sentimiento por los medios propios del arte, que evoca a nueva vida el legendario sér del pasado y perpetúa el culto de los héroes. señala Ud., con acierto, un poderosísimo estímulo de aquella salvadora fuerza interior.

Por razones de situación geográfica, en la patria de Ud. adquiere doble oportunidad ese propósito, es más urgente e ineludible la obligación moral de ponerlo en obra; pero el legítimo alcance de él abarca toda la América que habla en la lengua del Descubridor, toda la América nuestra, representada y querida como una magna patria indivisible, en la que es necesario avivar la conciencia de su propia unidad y el entendimiento y el amor de las tradiciones históricas donde esa unidad radica. Todo ello está enérgicamente sentido por Ud.

Y al cumplimiento de tan noble programa lleva Ud. ya consagrados vigorosos esfuerzos con su labor de crítico y propagandista, que tan merecido relieve ha dado a su personalidad, y que complementan, al mismo fin, trabajos de otro género, como el interesante cuadro histórico que ha tenido Ud. la benevolencia de enviarme y por el que reconozco, una vez más, cuántas son las semejanzas que mantiene entre estos pueblos hispanoamericanos la identidad de su origen, la pertinaz e indomeñable identidad de su origen, a pesar de la distancia material y la dificultad de relaciones que apartan, por ejemplo, a los de ese Norte tropical de los

de esta zona templada del Sur. Los caracteres más típicos se reproducen, sin esencial diferencia, en una y otra parte.

Qué encuentre Ud. en el alma de su pueblo justa correspondencia a sus generosos propósitos; y créame siempre su affmo. amigo,

José Enrique Rodó.

Carta al Señor Don Enrique Pérez

Montevideo, 2 de Abril de 1912.

Sr. D. Enrique Pérez,
Londres.

Mi distinguido amigo:

Con el mayor agrado daré a Ud. mi opinión sobre la idea del Congreso de estudiantes americanos y españoles, que propone Ud. en su interesante artículo de « Hispania ».

Debo recordar, en primer término, que al precedente, citado por Ud., de los Congresos de Estudiantes de la Gran Colombia, reunidos en Bogotá, Caracas y Quito, puede agregarse el precedente de otros Congresos análogos, pero de más amplio carácter internacional, y por lo tanto, más próximos al que se proyecta en su artículo. Me refiero a los Congresos Internacionales de Estudiantes americanos, que, por iniciativa de la juventud universitaria del Uruguay, vienen reuniéndose desde 1908, en que se realizó el primero en Montevideo. El punto de reunión del segundo fué Buenos Aires en 1910, y el tercero ha de reunirse en Lima, en Julio del corriente año. La convocatoria para estos Congresos se extiende a todas las naciones latino-

americanas, inclusive el Brasil, y si hasta ahora no han tomado participación en ellos los estudiantes de las repúblicas colombianas y de las del Norte, debe atribuirse únicamente a la dificultad material de las distancias.

Como testigo presencial del primero de esos Congresos, puedo dar fe del ambiente de animación y de entusiasmo en que se desenvolvió, presentando a los ojos de los que aplaudíamos las generosas expansiones de aquella juventud, como una anticipada imagen de esa patria latinoamericana, con que soñamos, para el porvenir, los que creemos que las fronteras internacionales no han de prevalecer eternamente sobre la natural e histórica unidad de estos pueblos.

Una « Oficina Internacional de Estudiantes Americanos », que tiene su asiento en Montevideo, sirve de centro a la organización de los Congresos y cuida de estimular y mantener constante relación entre las asociaciones de estudiantes de las distintas universidades de América. Lo muy reciente de su fundación hace que la actividad de esa Oficina no haya logrado aún todo el alcance y eficacia que tendrá, sin duda, en breve tiempo.

Me ha parecido oportuno recordar este precedente, no sólo para unirlo al de los Congresos Colombianos, que Ud. menciona en su artículo, sino también por las facilidades que puede acaso ofrecer, para la realización de la idea que Ud. propone, la existencia de un Centro internacional, organizado y activo, de estudiantes americanos.

Complementar estos Congresos con uno aun más amplio y comprensivo; reunir, en el hogar

no olvidado de la raza, a los representantes de la juventud de estas nuevas « Hispanias » y de la materna e histórica, es, sin duda, una hermosa e inspirada idea, por la que merece Ud. vivos plácemes y decidida adhesión.

Por mi parte, no sólo he mirado con interés y simpatía los Congresos de Estudiantes americanos, sino que ellos me parecen el medio más conducente y eficaz de cuantos puedan arbitrase para el íntimo acercamiento de estos pueblos, en una esfera superior a los amaños de la política internacional.

Me lo parecen, desde luego, porque sólo el espíritu de la juventud es capaz de comunicar a estos movimientos de aproximación el desinterés, la energía, el entusiasmo, que los sostenga a las alturas de idealidad que ellos han menester para ser grandes y fecundos.

Y me lo parecen, además, porque la juventud es porvenir, y ésta de la unidad de los pueblos hispanoamericanos ha de encarnarse como obra positiva, pero como obra de porvenir, en que los frutos mejores no se esperen sino a largo plazo de la siembra.

Pongamos, pues, en manos de la juventud la bandera de nuestra magna patria ideal.

Demás está decir que la eficiencia de estos Congresos no ha de graduarse por el resultado concreto de sus deliberaciones: por lo que prácticamente propongan y resuelvan, sino por el hecho de la comunicación cordial, franca, expansiva, entre los que han de ver, en el futuro, una parte del pensamiento y de la voluntad de los pueblos a cuya unidad espiritual aspiramos. Tender, de pueblo a pueblo, afectos y

amistades que perduren, con el encanto de las memorias de la juventud, y se mantengan por la relación epistolar, por el intercambio de libros, de ideas, de emociones: tal es lo esencial de estos Congresos, y lo demás secundario.

Así, cuando menos directamente se propongan ser útiles (se lo decía yo hace poco a un joven estudiante de Lima); cuantas más fuerzas parezcan disipar en fiestas, en alegría, en entusiasmo, en animación y compañerismo juvenil, tanto más seguramente tenderán a su objeto: como sucede con la *utilidad* sublime del arte, que, sin proponerse ningún fin de moral o de enseñanza, sino por la sola virtud de su belleza, ejerce una influencia dignificadora y civilizadora tan eficazmente útil como la de cualquiera otra de las actividades humanas.

No son las ideas, son los sentimientos, los que gobiernan al mundo. Y en los Congresos de la juventud habrá una fuerza que no suele haber en los Congresos de los sabios, donde la ciencia consagra sus fórmulas, ni en los Congresos políticos, donde la habilidad diplomática concierta sus planes: una fuerza de sentimiento.

Creo, pues, que la idea propuesta por Vd. será acogida, en América y España, con unánimes simpatías, y que ningún obstáculo puede oponerse a su realización; tanto más cuanto que al prestigio que ella lleva en sí misma se une el que le comunica la representación intelectual del proponente.

Disculpe Ud. el desaliño de esta carta escrita al correr de la pluma entre multitud de quehaceres y cuidados; y créame su affmo. amigo,

José Enrique Rodó.

Carta al Señor Don R. Villavicencio

Montevideo, 31 de Julio de 1913.

*Señor Director de la Academia de la Historia
de Venezuela, don R. Villavicencio.*

Señor Director:

He tenido la honra de recibir la atenta nota en que se me participa que he sido designado Miembro Correspondiente de la Ilustre Corporación que usted dignamente preside, y junto con tan grata comunicación he recibido también el diploma que me acredita en tal carácter.

Agradezco y aprecio en su alto valer la distinción con que se me favorece y que, por encima de lo que tiene de personal y honroso para mí, manifiesta el muy laudable propósito de establecer relaciones de orden intelectual que confirmen y estrechen la natural fraternidad de estas dos repúblicas hispano-americanas: relaciones en ningún terreno más oportunas que en el del cultivo de la historia, destinado a poner progresivamente de relieve cuán íntimos e inquebrantables son los lazos que vinculan, dentro de una magna patria espiritual, a los pueblos de nuestra América.

Aseguro a esa benemérita Corporación mi decidida voluntad de contribuir, en la medida de mis fuerzas, al logro de tan alto propósito, propendiendo, en primer término, a fomentar y popularizar el conocimiento recíproco de las tradiciones y las glorias de Venezuela y del Uruguay: del pueblo que dió a la América de nuestra raza su más gloriosa personificación en

la figura excelsa de Bolívar, y del que dió, con Artigas, a la democracia del Sur, su representación más enérgica, original y espontánea.

Reitero a la Institución que usted dirige la expresión de mis sentidos agradecimientos, y aprovecho la oportunidad que se me ofrece de presentar a usted las seguridades de mi mayor aprecio y consideración.

José Enrique Rodó.

Cartas al Señor Don José Gálvez

Montevideo, 23 de Marzo de 1914.

Sr. Don José Gálvez,
Lima.

Mi distinguido amigo:

Debo a Ud. la expresión de mis más sentidos agradecimientos por el hermosísimo artículo que ha consagrado Ud. en « La Crónica » a « El Mirador de Próspero ». La benevolencia afectuosa del comentarista, no impide que su mirada penetre sagazmente en lo hondo del libro examinado, y ésto es lo que más debe agradecer un autor y lo que de todo corazón le agradezco.

No he olvidado, ciertamente, a aquel brillante grupo juvenil que el Perú envió al Congreso de Estudiantes, y que dejó aquí recuerdos tan gratos, confirmando la impresión que teníamos formada del valor intelectual de la juventud de Lima. Y aún vibran en mi memoria los ecos del banquete, tan llenos de entusiasmos generosos,

en que Ud. conquistó merecidísima ovación con sus magníficos versos.

No deje Ud. de enviarme cuanto produzca, en la seguridad de que lo recibiré con el mayor interés, y acepte nuevamente los agradecimientos y los afectos de su amigo,

José Enrique Rodó.

Montevideo, 4 de Mayo de 1916.

Mi distinguido amigo:

Junto con su afectuosa carta, recibí el ejemplar que Ud. me dedica de su interesantísima tesis (1). Ya sabe Ud. con cuánto aprecio y predilección recibo todo lo que me trae recuerdos de ese grupo intelectual de la juventud peruana, a cuyo brillo y renombre tanto ha contribuido Ud. con su obra de poeta.

Nuevas facultades tuyas (nuevas, a lo menos para mí), aparecen en el noble trabajo con que ha coronado Ud. su carrera universitaria. El tema elegido por Ud. es oportunísimo. Ningún otro se impone con tan fundamental interés, en el orden literario, a la atención de las generaciones que representan el futuro. Pienso, en lo esencial de ese tema, como Ud. y me complace ver tan vigorosamente mantenidas y tan elocuentemente expuestas ideas que también son las mías. Siempre he considerado una preocupación sin fundamento la supuesta incompatibilidad entre la aptitud del poeta y la del crítico.

(1) La tesis a que se refiere Rodó es « Posibilidad de una genuina literatura nacional ».

La lectura de este estudio suyo me confirma en tal manera de pensar.

El propósito de que Ud. me habla de establecer o reanudar comunicación intelectual con la gente joven de este rincón de la patria americana, merece todas mis simpatías, y para contribuir a él he indicado ya a algunos de nuestros escritores « nuevos » que envíen a Ud. sus libros y se pongan en relación con Ud.

Renovándole las seguridades de mi sincero afecto personal y literario y de mi interés por el desenvolvimiento de su obra, quedo su verdadero amigo,

José Enrique Rodó.

**Carta al Señor
Don Juan Ignacio Gálvez**

Señor don Juan Ignacio Gálvez.
Montevideo (?)

Distinguido amigo:

Desde que tuve conocimiento del plan concebido por usted, con el propósito de contribuir al acercamiento moral e intelectual de nuestros pueblos, le consagré mi decidida adhesión. Ahora que he oído de sus labios una exposición más amplia, y prolija de aquel plan, siento confirmada y realizada mi impresión primera, y creo que la simple proposición de la idea nos impone a todos el deber de acompañarla y de tender a su realización.

El intercambio de libros y periódicos entre

nuestras repúblicas escaso e irregular, como es, constituye, sin embargo, el único lazo de unión que no ha dejado perderse del todo la conciencia de su unidad espiritual, la comunicación literaria ha evitado la completa disolución de esa unidad y ha puesto algún límite al vergonzoso desconocimiento mutuo que todavía deploramos. Pero usted piensa — y piensa bien — que, sin perjuicio de estimular y regularizar aquel medio de comunicación es necesario complementario con las visitas personales, con el hábito de los viajes de uno a otro pueblo, con los hombres representativos; y esta parte del programa que usted nos ha expuesto constituye en mi sentir, lo más interesante y eficaz que hay en él.

Siempre he creído en la necesidad de esa manera de conocimiento directo, y por eso, principalmente, he aplaudido con entusiasmo iniciativas como las de los congresos internacionales de estudiantes, que primero en Montevideo, luego en Buenos Aires y en Lima, han dado lugar a la comunicación cordial, franca, expansiva, entre los que serán, en el futuro, una parte del pensamiento y de la voluntad de los pueblos a cuya firme unidad espiritual aspiramos.

La idea de usted, refiriéndose a los hombres, que tienen la representación del presente, no es oportuna ni de menos fecunda trascendencia.

El aspecto económico de su plan no admite otra solución positiva que la que usted ha arbitrado: la subvención de los gobiernos. Y en ningún caso esta subvención se justificaría mejor ni se impondría a la consideración de aquellos por motivos de más elevado y patriótico interés.

Creo pues, en el buen éxito de su iniciativa,

teniendo en cuenta, sobre todo, el generoso entusiasmo con que usted le propaga y el prestigio que contribuyen a infundirla los merecimientos de usted.

Considéreme siempre su afectísimo amigo.

José Enrique Rodó.

Montevideo, Junio de 1914.

Carta al Señor Don Rafael H. Elizalde

Montevideo, 1° de Diciembre de 1914.

Sr. D. Rafael H. Elizalde,
Quito.

Mi distinguido amigo:

Una carta de mi compatriota el señor Blanco Sierra, Ministro del Uruguay en el Ecuador, me trae gratas referencias de usted, renovando la impresión de halago y gratitud que me produjeron las hermosas y sentidas páginas con que usted me honró después de recibir « El Mirador de Próspero ». Y junto con impresión tan llena de agrado, experimento también el remordimiento de no haber contestado aún a esa prueba de benevolencia y simpatía de que le soy deudor.

La explicación de esta omisión mía radica en el mismo aprecio que me merece su elocuente carta. Aunque parezca contradictorio, no hay comunicaciones que más demore yo en contestar que aquellas que singularmente distingo,

porque deseó corresponder a ellas con la extensión y detenimiento a que se opone, casi siempre, el premioso despacho de mi correspondencia diaria, entre las urgencias de la labor y del combate. A bien que, en este caso, me ampara la bondad de usted y a ella me acojo como a la mejor disculpa.

Su palabra fué la primera que, viniendo de un ecuatoriano, me trajo la impresión de mi estudio de Montalvo, impresión doblemente autorizada por el valimiento intelectual de usted y por su calidad de compatriota del insigne escritor. Por eso, me produjo satisfacción intensa que usted reconociera la semejanza de la imagen que aspiré a trazar y la propiedad de los rasgos con que procuré dar la sensación del ambiente. A muchos de mis amigos dí a conocer la carta de usted, como quien se complace en mostrar un título que le honra.

Ha sido singularmente afortunado aquel estudio mío y me ha valido muchas y considerables manifestaciones de aprecio, pero ninguna ha alcanzado a desvanecer el recuerdo gratísimo de esa primera impresión que vino de usted. Reciba usted por ella, aunque tarde, mis más sinceros agradecimientos.

Con los mejores votos por la paz y prosperidad de su hermosa patria y por la felicidad de usted, le envía un cordial apretón de manos su compatriota americano y amigo afectísimo.

José Enrique Rodó.

**Carta al Señor
Don Federico Henríquez y Carvajal**

Montevideo, 27 de Febrero de 1916.

Sr. D. Federico Henríquez y Carvajal,
Santo Domingo.

Mi siempre recordado amigo:

Grata impresión me produjo su apreciada carta del 25 de Diciembre, junto con la cual recibí los ejemplares de su opúsculo de actualidad que Ud. dedica al Ateneo, al Dr. Abel J. Pérez, al Dr. Pérez Petit y a este su amigo que no le olvida (1).

La lectura de la interesantísima disertación me confirma en la identidad de nuestros puntos de vista en muchas cuestiones fundamentales, y esta semejanza espiritual es para mí satisfacción y honra, a la vez que me confirma también en la idea de que existe un carácter que imprime unidad ideal al pensamiento latino-americano y nos mantiene en estrecha comunidad a pesar de las distancias materiales.

Puesto que es Ud. tan benévolo lector de lo que sale de mi pluma, envíele mi último artículo publicado, que se refiere a « La literatura posterior a la guerra ».

¡Cuán grato sería para mí escribir a Ud. a menudo, y mantener un cambio de ideas para el que nunca faltaría tema interesante! Por desdicha, cada vez se me hace más difícil atender

(1) El opúsculo se intitula *El derecho público internacional y la guerra* (Santo Domingo, 1915).

con la debida regularidad mi correspondencia literaria, que crece a medida que crecen atenciones y cuidados, menos agradables sin duda, pero que se imponen con la fuerza de la necesidad. No tenga Ud., pues, en cuenta lo largo de mis silencios, y sea tan bondadoso como para seguir favoreciéndome con cuanto Ud. escriba y dándome alguna vez noticias suyas.

Reitérole mis agradecimientos y mis plácemes por su elocuente y bien inspirado opúsculo, cuyo mejor elogio consistirá en decir que es digno del talento y de la representación americana del autor. Y con mis votos por la prosperidad de la noble patria de ustedes, y por la de Ud. mismo, en este nuevo año, quedo como siempre su affmo. amigo,

José Enrique Rodó.

Carta al Señor Don Juan Antonio Zubillaga

Montevideo, 9 de Julio de 1916.

Sr. D. J. A. Zubillaga.

Querido Zubillaga:

Le escribo en medio del enorme cúmulo de pequeñas preocupaciones y quehaceres que impone la proximidad de un viaje largo. Me embarco el 14 para Europa. Le supongo enterado de los antecedentes: voy como colaborador de « Caras y Caretas », según lo convenido personalmente con el Dr. Alvarez, que estuvo a prin-

cipios de mes en ésta. Mi compromiso es escribir tres correspondencias al mes, que se me retribuyen con 650 nacionales, o sea 250 oro uruguayo. Dentro de breves días estaré, pues, lejos de la patria y de Batlle....

Su carta me produce una impresión contradictoria: por una parte, de alegría al ver que Ud. realiza su proyecto, en condiciones que creo asegurarán la vitalidad de la nueva revista y su propia situación personal, hasta que llegue la oportunidad de otras empresas. Por otra parte, figúrese Ud. el sentimiento que me ocasionará — tratándose de una revista suya — encontrarme frente a su pedido de colaboración, con un artículo de mi contrato con Alvarez, — o sea con la empresa de « Caras y Caretas », — que dice así:

« No aceptará Ud. colaboración en ninguna otra revista, periódico ni diario del Río de la Plata. »

¿Cómo faltar a obligación tan terminante y a los breves días de haber sido contraída?

Quisiera escribirle largamente, pero le repito que estoy abrumado por infinidad de esos pequeños quehaceres, que, aislados, no son nada, y que reunidos forman una montaña. De Europa le escribiré enviándole mi dirección.

Entre tanto, reciba mis votos por el éxito de la « Revista » (1) y un estrecho abrazo de su amigo affmo.

José Enrique Rodó.

(1) Tratábase de una importante revista rioplatense, que debió fundar y dirigir el escritor uruguayo don Juan Antonio Zubillaga.

**Cartas al Señor
Don Hugo D. Barbagelata**

Montevideo, 2 de Julio de 1909.

Sr. D. Hugo D. Barbagelata.

Mi estimado amigo:

Hace ya días le envié un ejemplar de mi nuevo libro, así como los opúsculos que a éste han dedicado Amadeo Almada y el Dr. Silván Fernández. Ahora recibo su carta y me es grato contestarla agradeciendo sus amables felicitaciones. El éxito ha sido grande en verdad, no sólo del punto de vista literario sino también como éxito de librería, pues se ha dado el caso, peregrino en nuestro país, de que en menos de dos meses (el libro apareció a mediados de Abril) se haya agotado una edición de dos mil ejemplares. Me preocupo de hacer otra edición, que probablemente se publicará en París o Madrid.

Junto con ésta le envío un ejemplar para Pedro César Dominici, cuyo domicilio he olvidado. En la casa Ollendorff han de saberlo. Puede ser que dicho amigo haya regresado a Caracas, después de la caída de Cipriano Castro. En este caso, le agradecería que al mismo volumen empaquetado le agregase la dirección de: « Caracas-Venezuela » y lo enviase al correo.

Me interesan y satisfacen mucho las noticias que me da de Ud. y de sus estudios. El tema elegido para su tesis me parece excelente y de

una oportunidad *patriótica* insuperable (1). No deje de hacer llegar a mis manos todo lo que publique.

En la primera sesión que celebre el « Círculo de la Prensa », que tengo el honor de presidir, propondré su designación como corresponsal. En cuanto a los documentos sobre Melchor Pachaco, de antemano le agradezco su interés: ya sabe Ud. que aquella personalidad es objeto para mí de singular veneración.

A Francisco García Calderón le envié mi libro certificado a Londres — Legación del Perú — pues me dijeron que había pasado a Inglaterra como secretario.

En caso de residir en París, dígame que lo reclame a dicha legación. Si no he escrito a tan predilecto amigo, es simplemente porque en estos últimos tiempos he tenido casi abandonada mi correspondencia literaria y no he escrito a nadie. Pero recibí las obras que él me envió y las leí con el interés y la admiración que en mí despiertan siempre las producciones de tan privilegiado espíritu. En breve he de escribirle.

Mucho me alegra su noticia de que dentro de un año y medio vendrá Ud. a nuestra tierra, que mucho y muy bueno debe esperar de Ud. v del fruto de sus estudios.

Escríbame y créame siempre su affmo. amigo

Montevideo, 12 de Septiembre de 1909.

Obran en mi poder sus dos atentas cartas de igual fecha, recibida la una directamente y la

(1) La tesis, para la « Escuela de Ciencias Políticas » de París, se intitula: *Frontières*.

otra por intermedio de la casa Berro-Serrano.

Los proyectos de que Ud. me habla me han interesado mucho. Constituyen un hermoso programa de trabajo donde desplegar las privilegiadas dotes que a Ud. adornan y el entusiasmo de su juventud, ese entusiasmo que es necesario aprovechar y hacer fecundo antes de que ceda al embate del tiempo. Me parece que la recopilación de tratados, leyes y disposiciones de índole diplomática, a que Ud. se refiere, es idea más brevemente realizable que la otra, también de importancia indiscutible; y por tanto creo que se impone empezar por la primera, sin por eso dejar de allegar los elementos necesarios para la segunda, que, como empresa de más aliento, debe ocupar el tiempo que le dejen libre sus trabajos del aula, pero sin apresurar su realización, que, siendo lenta, podrá ser un hermoso tributo que Ud. rinda a su país al conocer sus lucidos estudios (1):

La recopilación de leyes y manual de prácticas diplomáticas es, en cambio, tarea que considero relativamente liviana y que no entorpecería la prosecución de sus estudios. La utilidad de ese libro sería grande, y como obra de interés especialmente nacional constituiría quizás un precedente más estimado que cualquier otro para facilitarle a Ud. el camino que merece en la carrera a que ha dedicado su bella inteligencia. Sólo el título del libro creo que debería modificarse, pues la « diplomacia uruguaya » es,

(1) J. E. Rodó se refiere a dos libros que el señor Barbagelata tuvo intención de publicar: un «Resuman de Historica diplomática americana» y un «Manual del diplomático uruguayo».

desgraciadamente, cosa tan problemática y en ciernes todavía, que acaso no pareciera bien aludir a ella en la carátula de un libro. Fácil sería encontrar otro título, en el que se significase que se trataba de una recopilación de documentos e instrucciones para uso de los agentes diplomáticos de la república del Uruguay.

No me extraña que la idea haya sido recibida con desvío y excepticismo: ése es el recibimiento inevitable a que está condenada toda *idea* en el espíritu de nuestros compatriotas, amargados, como Ud. dice bien, por tanta desilusión y tanta cruel experiencia. Pero si la juventud no hubiese de reaccionar contra esto ¿podríamos esperar y tener alguna fe en el porvenir?

Hace Ud. perfectamente en felicitarle de que una resolución oportuna le haya llevado a formar su espíritu, a la edad mejor para ello, en ese centro de la civilización humana. Si yo tuviera poder, facilitaría, por todos los medios, los viajes de instrucción de nuestros compatriotas jóvenes y aventajados.

Una vez publicado el *manual*, sería el caso de activar la realización del otro proyecto, que es magnífico y que, maduramente preparado, puede ser, no sólo de interés nacional, sino de más vasta difusión y alcance; y para ello podría Ud. aprovechar su vuelta al país y demorar algún tiempo en Río Janeiro, donde están los mejores archivos diplomáticos de América, muy especialmente en lo que interesa a nuestra patria, y donde, además, se encuentran los maestros más preclaros de la diplomacia americana en ciencia y experiencia, cuyo trato sería para Ud. de indudable utilidad.

En cuanto a la edición de mi libro, le agradezco su buena voluntad para llevar adelante el asunto. Cuando vuelva Ud. a París, ya habrá recibido Ollendorff carta mía con los términos generales de nuestra proposición. Hemos preferido a Ollendorff porque nos agrada mucho el primor tipográfico de sus ediciones; y si en términos generales conviniéramos con él no habría ventaja en demorar la idea, pues el libro entá enteramente agotado y se le pide con insistencia. Pero es claro que si las condiciones de Ollendorff no nos satisficieran quedaría Ud. ampliamente autorizado para dirigir sus gestiones en otro sentido; cosa que, para tantear el terreno, puede Ud. hacer desde ahora si le parece oportuno, a fin de no retardar la realización definitiva de la idea.

Montevideo, 3 de Diciembre de 1909.

Tuve el gusto de recibir su atenta carta, en que me entera de las gestiones realizadas por Ud. para la nueva edición de « Proteo ». Mucho le agradezco su buena voluntad en este asunto, lamentando que el trabajo que él le ha impuesto le haya ocupado un tiempo que quizá necesitase Ud. para sus estudios y atenciones de otro orden. De todos modos, creo que va no será necesario incomodarle más; pues en vista de las condiciones leoninas de los editores europeos, he resuelto hacer la edición por cuenta de un editor nacional, aunque imprimiéndola en Europa.

Celebraré tener nuevas noticias de sus estudios y de su actividad literaria.

Los amigos Berro y Regules van a editar en estos días un tomito con tres de las parábolas de « Proteo », ilustradas por José Luis Zorrilla de San Martín, quien ha hecho con ese objeto muy hermosas interpretaciones artísticas. Berro y Regules me han manifestado que desean dedicarle a Ud. ese libro, en agradecimiento a lo atento y servicial que ha sido Ud. con ellos; y yo les he dicho que, por mi parte, no tengo inconveniente alguno, sino por el contrario placer, en que el nombre de tan buen amigo figure al frente de las « Tres parábolas ».

¿Conoce Ud. al estudiante boliviano Arguedas, autor de « Pueblo enfermo »? Desearía saber si llegó a sus manos una carta mía sobre esa excelente obra. Me interesa la labor intelectual de Arguedas, por lo reflexiva y bien orientada. Espíritus así necesitamos en la juventud americana, harto fecunda en poetillas decadentes y en vanos imitadores de imitadores.

Montevideo, 29 de Enero de 1910.

Dos cartas tuyas tengo que contestar. El pensamiento a que se refiere la primera, es decir: la propaganda por el país mediante *Le Temps* de esa ciudad, me parece muy bien y concuerda con ideas que siempre he profesado en cuanto a la conveniencia nacional de una propaganda seria, inteligente y autorizada, por el órgano de que se valga, para atraer la atención de la Europa, en la medida posible, hacia estas tierras. Soy elemento dispuesto a hacer lo que pueda en el sentido de obtener la conformidad oficial; pero, por desgracia, estamos en la

oportunidad peor para mover este asunto. Nuestro amigo Bachini estaba hasta hace pocos días completamente absorbido por la cuestión internacional, ya felizmente terminada con la intervención de Saenz Peña; de manera que no era posible hablarle de otra cosa. Y cuando esta solución llega, sobreviene en el acto la revuelta que ha conmovido estos días la paz pública, y Bachini sale inmediatamente para el litoral, de donde creo que regresará de hoy a mañana. Parece indudable que en los primeros días de Febrero partirá dicho amigo para Europa, a tratar de restablecer su salud algo quebrantada; a menos que sucesos inesperados se lo impidan. Pero considero que la paz está restablecida casi por completo, y todo no ha pasado de una *chirinada* insensata y temeraria. Si Bachini se embarca en estos días, será difícil, como Ud. comprende, que pueda ocuparse en dicho asunto; y es gran lástima, porque estoy seguro de que, con su criterio liberal y amplio, hubiese encontrado muy plausible la idea. A pesar de su ausencia, yo trataré por otros medios de interesar en ello la atención del gobierno.

El ejemplar certificado de « Proteo » que mandé Arguedas iba con la dirección: 47, Av. Reille, dirección a la que puede reclamarlo, así como mi carta sobre su libro « Pueblo enfermo », también certificada.

¿No ha sabido Ud. nada de Pedro César Dominici?

De García Calderón he tenido la satisfacción de recibir carta hace poco. Espero con el mayor interés su anunciado libro, que editará la casa Ollendorff, según creo.

No sé si tendrá oportunidad de verse con el librero Serrano, que me escribe diciéndome que sale de España para París. Lleva el propósito de imprimir ahí una edición de lujo, de « Ariel », y le he recomendado mucho que cuide de asegurar una corrección perfecta por medio de un buen corrector en idioma castellano. Si Ud. lo vé, recuérdeme esa especial indicación mía.

Montevideo, 15 de Enero de 1911.

Recibí su tarjeta postal con los saludos de R. Blanco Fombona (a quien trasmitirá Ud. afectuosos recuerdos si le llega a ver) y la carta de 7 de Diciembre.

Desgraciadamente es cierto que la situación interna de nuestro país sigue siendo crítica por la amenaza de la guerra civil, desvarío mil veces deplorable, contra el que no sé si resultarán eficaces los consejos de la razón y el patriotismo.

La guerra civil no es nunca solución; y aunque deba reconocerse la parte que a cada uno corresponde en las responsabilidades de esta grave crisis, ninguna responsabilidad mayor y más abrumadora que la de ensangrentar el país y deprimir su crédito, sin ningún resultado auspicioso para su desenvolvimiento político y su formación moral.

¿Quién sabe si a la generación a que Ud. pertenece está reservada la honra histórica de cerrar definitivamente el período de las contiendas fratricidas y fundar para siempre el régimen de la libertad en el orden? Lo digo porque de las generaciones que actualmente militan no puede esperarse mucho tan gloriosa reacción.

dados los recrudecimientos de pasión y de odio de que están dando ejemplo....

Montevideo, 12 de Marzo de 1911.

Recibí su atenta del 14 de Febrero. Me felicito, ante todo, del animoso estado de espíritu en que le veo según los términos de su carta.

Ha llegado la ocasión de que le cumpla mi promesa, y no pasarán muchos días sin que presente a la cámara de que formo parte un proyecto relativo al asunto. Me decido por este medio debido a que la gestión directa ante el Ministerio de Instrucción Pública me sería difícil, por haber recaído ese ministerio en persona que no es de mi amistad. Luego de sancionada la ley, espero que, como autor de ella, se tendrá en cuenta mi opinión para la provisión del puesto (1).

Me agrada mucho la idea de la fundación de *Mundial* y le auguro todo un éxito. He de aprovechar la primera oportunidad para responder al pedido de colaboración que, por intermedio de Ud., se me dirige.

Satisfaciendo su deseo, hice publicar en *La Razón* el suelto que verá Ud. en el número que le envío.

También le envío, en paquete certificado, un ejemplar de « Motivos de Proteo », para que pueda Ud. cumplir con el amigo suyo a que Ud. se refiere, o con alguna otra persona, sin que

(1) Tratábase del envío de una persona encargada de ordenar y de hacer copiar en los archivos españoles los documentos relativos a la historia del Uruguay.

para ello tenga que desprenderse del ejemplar que para Ud. le remití de la primera edición.

Pocos días después de recibir Ud. esta carta, estará probablemente, en París nuestro distinguido compatriota el doctor Salterain, amigo mío que también lo es de sus hermanos de Ud., y creo que de Ud. mismo. Me agradaría que pasase a saludarlo y me transmitiera noticias de la salud de tan distinguido amigo, algo quebrantada cuando partió de aquí.

Mis cariñosos saludos a García Calderón, a quien escribiré en breve.

Montevideo, 14 de Enero de 1917.

He recibido sus dos cartas, así también como los originales de su próximo libro, que me entregó Anibal, su hermano. Grata tarea será para mí prologarle la obra, no sólo en cumplimiento de mi promesa, sino, además, porque el tema realza el interés que siempre consagro a lo que Ud. escribe. Tenemos que *americanizar* a Artigas, y algo se ha hecho ya en tal sentido. Hace pocos días leí con viva satisfacción, en el « Figaro » de La Habana, la semblanza de Zorrilla de San Martín por nuestro amigo Blanco-Fombona, y allí encontré, sobre Artigas, palabras que agradecí en el alma. Blanco-Fombona, que ya siente a Artigas, lo sentirá tanto más cuanto más lo estudie y profundice, porque el género de grandeza, libérrima y original, de nuestro gran caudillo tiene que ser naturalmente simpática al temperamento de aquel ilustre amigo nuestro, tan lleno de fuerza personal en lo que piensa y escribe.

Prometo escribirle el prólogo dentro de breves días. No sé si será extenso; quizá no; quizá lo haga breve para enviarle de inmediato, porque estoy de periodista en actividad, supliendo en la dirección de « Diario del Plata » la temporaria ausencia de de Bachini. El periodismo — Ud. lo sabe — no es mi vocación, pero en él he tenido que ampararme para vivir, sobre todo desde que he dejado de ser diputado. La política es la más precaria de las ocupaciones para los que tenemos altivez e independencia de carácter. ¡ Cuán bien ha hecho Ud. en mantenerse lejos de ella!

Me agradó muchísimo que Ud. entrase a participar de la dirección de la « Revista de América ». De García Calderón no tengo noticias hace tiempo, pero la culpa es exclusivamente mía, que le debo carta no sé desde cuándo. Salúdelo Ud. en mi nombre, así como a Blanco-Fombona. En cuanto a la colaboración que Ud. me solicita, se la enviaré probablemente con el prólogo: trataré de escoger algo de los « Nuevos Motivos de Proteo ».

Supongo que « El Mirador de Próspero » estará ya en su poder. Allí, entre cosas que le son conocidas, encontrará Ud. otras nuevas, como el estudio de « Montalvo », en el que he puesto tanto esmero y amor como en pocos escritos míos. Quisiera escribir algunos otros estudios de ese género sobre personalidades americanas, por ejemplo: el gran Martí.

Conozco la traducción del fragmento de « Ariel » a que Ud. se refiere, y pienso como Ud. que está muy bien hecha.

Milán, 14 de Noviembre de 1916.

Recibí su carta, y juntamente con ella, los apuntes biográficos escritos por Ud., a solicitud de una revista de ésa. Esos apuntes están bien, y en el tono oportuno. Pídole que, en los demás datos que le soliciten a mi respecto, se limite — como en éstos — a lo atingente a mi vida intelectual y literaria (con alguna indicación, si acaso, sobre mi actuación política), prescindiendo de intimidades y circunstancias personales, que no serían — en este caso — de oportunidad.

Aún no puedo precisar la fecha de mi viaje a ésa (París), aunque lo deseo para pronto.

Milán, 24 de Noviembre de 1916.

Recibí su atenta del 16, última suya que me llegará por algún tiempo, pues de aquí a breves días estaré en el mediodía de Italia donde pasará una temporada buscando un clima más suave que el de estas ciudades del Norte.

Me llegó estos días una carta de nuestro ministro en París, Blanco, interesándose por la fecha de mi arribo a ésa.

No le devuelvo los apuntes biográficos que Ud. me envió, porque se trata de una copia que Ud. no necesitará. Como me parece haberle dicho en mi anterior, éstos mismos apuntes pueden servirle de pauta para los demás informes que le soliciten sobre mi persona, a los efectos de mi presentación a ese público, teniendo en cuenta la indicación que, si no recuerdo mal, le hacía, es decir: que dichos informes deben referirse a mi obra intelectual y mi actuación pú-

blica, con exclusión de todo lo que tenga un carácter puramente personal o íntimo, que, en ese medio y en esas circunstancias, carecería por completo de oportunidad.

No hay necesidad de que me conteste a la presente, pues su contestación me llegaría con gran retardo. No recibiré correspondencia hasta mi vuelta del Sur.

Deseando estrecharle en breve la mano, me repito su afmo. amigo,

José Enrique Rodó.

Una carta política

Señores de la Comisión Colorada Anticolegialista del departamento de Cerro Largo:

En la imposibilidad de concurrir personalmente a la asamblea política para la que se me ha hecho el honor de invitarme, quiero que algunas palabras más lleven a nuestros correligionarios reunidos la expresión de mi agradecimiento y de la profunda simpatía con que acompaño la organización anticolegialista departamental a que esa asamblea responde.

Los que desenvolvemos nuestras actividades cívicas en Montevideo, sentimos, más que nunca, retemplada nuestra energía para la propaganda de las ideas y confortada nuestra fe en los destinos políticos de la República, cuando de los más apartados confines de ella nos llega el eco de agrupaciones ciudadanas, que se organizan, se difunden y prosiguen resueltamente

sus tareas, superando los obstáculos que representa en todo tiempo — y más en el presente — la disposición hostil de los que tienen en sus manos la fuerza y el poder.

Y es que la campaña no es sólo — como sin contradicción se le reconoce — fuente inexhausta de la riqueza nacional y horizonte inmenso abierto al trabajo dignificador. Ella es también núcleo de sanas energías morales, de incontaminadas tradiciones cívicas, — tanto más nobles cuanto más desinteresadas, porque sabido es que si en la hora de la necesidad o de la prueba es la campaña la primera a quien se impone el sacrificio, en la hora del triunfo y de la holgura es la última en recibir la recompensa.

La extraordinaria gravedad de la crisis política que está planteada en el país, justifica la extensión, también extraordinaria, de estas agitaciones del civismo.

El propósito de resistencia que las determina es el más alto que haya podido aunar jamás el patriótico esfuerzo de todos los ciudadanos y de todas las colectividades de opinión.

La conciencia nacional, que sabe que su gran problema político no es de fórmulas constitucionales, sino, ante todo, de espíritu de gobierno y de respeto a la soberanía, sabe también que si la reforma de la Constitución puede contribuir en cierta medida a la solución de aquel problema, no será por el camino de temerarias aventuras, cien veces desautorizadas en la experiencia universal.

La tradición histórica de la República, la tradición histórica del partido Colorado, rechazan

la suposición de que el régimen de la presidencia individual haya de rematar fatalmente en despótico personalismo y manifiestan que cuando ese régimen ha estado unido a la voluntad del bien y a la aptitud para el gobierno — sin las cuales todas las instituciones son frustráneas, — no ha dado lugar a que se dude de su esencial virtualidad.

La presidencia individual del general Rivera inició, con tendencias liberales y civilizadoras. la organización de la República, concediendo ancho campo a la acción autonómica de la institución ministerial, personificada en hombres de la talla de don Santiago Vázquez y don Lucas Obes.

La presidencia individual de don Joaquín Suárez, prolongándose por nueve años en la más augustosa y tremenda de las situaciones por que pueda atravesar un pueblo, mantuvo su autoridad sobre los encontrados impulsos de las fracciones que se disputaban el predominio; concilió el acatamiento y el respeto de todos; aseguró el goce de la libertad civil y política, dentro de los muros de una plaza sitiada, e hizo posibles los que aquel mismo gran ciudadano llamó una vez « los milagros y los prodigios » de la Defensa.

La presidencia individual de don Tomás Gonsensoro, después de restablecer la paz y la concordia de los orientales, con un espíritu de fraternidad que hizo para siempre de ese hombre modesto una figura nacional, dió el alto ejemplo de un presidente en ejercicio que asiste a la derrota de su propia candidatura, manteniendo aparte del escenario de la lucha política los me-

dios y las influencias del poder.

La presidencia individual del Dr. don José E. Ellauri, aunque malograda por abominable atropello, alcanzó a demostrar que era capaz de llevar a su realización más alta el orden administrativo, la corrección electoral, la moderación de los procedimientos y la cultura de las formas.

La presidencia individual del Dr. don Julio Herrera y Obes, recibiendo la herencia de las satrapías militares, reivindicó la capacidad de nuestro pueblo para el gobierno civil; consolidó la paz; orientó sabiamente la reacción contra desastrosa crisis económica, y *mostró cómo*, sin mengua de la autoridad presidencial, puede llamarse a colaborar en el gobierno a los hombres más prestigiosos, más representativos y más capaces de la República.

No es cierto, pues, que todo haya sido fracaso, incapacidad, abuso de poder, extravío de rumbos, en las presidencias que se han sucedido en el país dentro del régimen de la Constitución actual. Cuando ha habido elevadas tendencias de gobierno, y cuando se ha gobernado con la voluntad sincera de contener la propia autoridad en sus justos y debidos límites, la institución de la presidencia ha sido capaz de obra de bien y ha respondido a sus fines constitucionales, aunque con las imperfecciones y las deficiencias imputables, no a una institución determinada, sino al ambiente y a la educación de un pueblo que se inicia en la práctica del gobierno propio.

El exceso de autoridad personal es, indudablemente, el peligro a que tiende por naturaleza

el Poder Ejecutivo; pero ese peligro parecería fácil de evitar, sin necesidad de quitar a la presidencia la condición esencial de su individualidad, si se levantara el concepto de la autonomía ministerial, si se pensara en extender la intervención del parlamento en el desempeño de las funciones ejecutivas, y muy particularmente, si se asegurara la independencia del parlamento mismo, y por lo tanto la realidad de su existencia y su poder, eliminando la abrumadora presión de los gobiernos en el acto fundamental de la soberanía.

Se invoca del lado del colegialismo, como principal fundamento de la innovación, la enormidad de la suma de gobierno y de ascendiente político que las presidencias individuales acumulan en manos de un sólo hombre; y sin embargo, es en el campo en que así se pretende reaccionar contra el autoritarismo presidencial donde ha nacido o reaparecido la doctrina que sostiene — bajo presidencias típicamente « individuales », — la legitimidad de la « influencia moral » que un presidente dotado de esos desmedidos recursos de dominio y de sugestión puede ejercer para inclinar en favor propio los resultados del sufragio.

Completado por la doctrina de la « influencia moral » que le es congénita, ese Ejecutivo colegiado que se renovará en sólo uno de sus miembros, por elecciones anuales, dará a la acumulación del poder público en manos del Ejecutivo un carácter mucho más intolerable que el que ha tenido hasta ahora, porque a la extensión actual de atribuciones legales y de resultados de hecho, añadirá garantías de continuidad y permanen-

cia que no caben fácilmente en la sucesión de los gobiernos individuales.

Una voluntad personal salida del núcleo de una oligarquía puede reaccionar en determinado momento, reivindicar la plenitud de su autoridad, formar vinculaciones nuevas, dar oído a los clamores de la opinión; pero el círculo férreo constituido por nueve individualidades, que se escogerían entre lo más neto, significativo y probado del régimen que prevalece en el país, es incomparablemente más difícil que resulte infiel al espíritu oligárquico. La solidaridad de grupo, la vigilancia de los unos sobre los otros, el equilibrio de las aspiraciones personales y la renovación paulatina bajo el patrocinio electoral de la mayoría que permanece en sus puestos, determinarán una fuerza de conservación bastante para ahogar en germen, cualquiera veleidad excéntrica de alguno de los oligarcas.

La innovación colegialista parecería, pues, de incontrastable eficacia como medio de asegurar en el país el predominio indefinido de una misma política y de unos mismos hombres, si no fuera que a la posibilidad de esos triunfos sempiternos se oponen fuerzas superiores a los más hábiles cálculos humanos.

Es inconcebible como el sueño del poder a perpetuidad, que ha torturado el espíritu de todas las oligarquías, se reproduce en todo tiempo con extraña impenitencia, a pesar de los desengaños de la historia y de las conclusiones de la más sencilla reflexión.

Podrá, una vez más, una oligarquía que declina abrazarse desesperadamente a ese sueño.

Todo será inútil. Llegará la hora de su fatal caducidad. Cualesquiera que sean los medios que se ensayasen para impedirlo, serán, en definitiva, absolutamente vanos, lo mismo cuando se funden en la represión por la fuerza brutal, que cuando se valgan, como en este caso, de combinaciones artificiosas, de expedientes legales, de instituciones de nueva invención.

Este convencimiento absoluto debe alentar al generoso esfuerzo de los ciudadanos del partido colorado que hoy se organizan en los cuatro ámbitos de la República para luchar por la integridad de nuestro régimen constitucional y por la reivindicación de la libertad política.

La palabra de orden que nos trasmitamos no puede ser sino perseverar; perseverar a toda costa; permanecer firmes al pie de nuestra bandera de principios, firmes en la resistencia y en la propaganda, aunque el régimen que combatimos haya de prolongarse más allá de toda lógica presunción y de todo antecedente conocido; firmes e inquebrantables en rechazar las argucias y los ejemplos que convidan a transigir con lo que se considera un mal y a participar en lo que se tiene por funesto, invocando falaces esperanzas de evolución y de reacción, que hasta ahora no reconocen el más inconsistente fundamento en el testimonio de la realidad.

Por la demás, los que para continuar de nuestra parte necesiten saber si la hora del triunfo está cercana, harán bien en satisfacer sus impacencias y retirarnos su concurso. Queden sólo aquellos que no miden la extensión del tiempo que se pasa lejos de los halagos del

éxito y el encumbramiento, cuando se lleva en el alma la fuerza de una convicción.

A los colorados anticolegialistas del departamento de Cerro Largo, a los honorables ciudadanos que presiden su organización; a los elementos cívicos de esa importante zona de la República que, en el seno de otras agrupaciones partidarias, comparten en estas circunstancias nuestros propósitos, envío mi adhesión entusiasta, mis felicitaciones y mis saludos.

José Enrique Rodó.

Montevideo, 28 de Febrero de 1916.

Turin, Diciembre 1° de 1916

Dr. Elagipio Barahyete
París

Estimado amigo:

Dejé en la feliz casualidad
de haber tenido que demorar unos días
en Turín, antes de partir para el Sur, re-
cibi a tiempo su telegrama, en contestación
al cual le envío los adjuntos carillas.

Antes de ir por las horas partí
por el meridiano de Italia. Como le
decía en mi contestación, no me llegará
correspondencia hasta mi regreso a Génova.

Le repito a todo el mundo

José Enrique Rodó

Facsimile de una de las últimas cartas del autor de ARIEL, que acompañaba otro de sus últimos escritos cuya traducción sirvió de prólogo al tomo segundo del «Album de photographures de l'Armée française.»

ÍNDICE

	Páginas
Advertencia preliminar.	5
Un huésped eminente.	7
¿Mi autobiografía?	9
Cartas al Sr. don Antonio Rubió y Lluch. . .	13
Carta al Sr. don Carlos Reyles	17
Carta al Sr. don Francisco García Calderón .	26
Cartas al Sr. don Juan Francisco Piquet . .	30
Cartas al Sr. don Max Henríquez Ureña . .	39
Cartas al Sr. don Pedro Henríquez Ureña . .	42
Cartas al Sr. don Alejandro Andrade Coello .	48
Carta a la Sta María Eugenia Vaz Ferreira .	56
Carta al Sr. don Carlos Arturo Torres . . .	57
Tarjeta al Sr. don Alfonso Reyes	59
Carta al Sr. don Ramón A. Catalá	60
Carta al Sr. don Federico García Godoy . . .	64
Carta al Sr. don Enrique Pérez	68
Carta al Sr. don Ramón Villavicencio	72
Cartas al Sr. don José Gálvez	73
Carta al Sr. don Juan Ignacio Gálvez	75
Carta al Sr. don Rafael H. Elizalde	77
Carta al Sr. don Federico Henríquez y Carvajal	79
Carta al Sr. don Juan Antonio Zubillaga . .	80
Cartas al Sr. don Hugo D. Barbagelata . . .	82
Una carta política	94

IMPRESA Y ENCUADERNACIÓN
VERTONGEN

ESCRITORIO : 50, Calle St-Lazare, PARIS.

USINA : LE PERREUX (Seine)

— — —

1921